

VISITA A LOS SANTUARIOS INDIGENAS DE BOYACA EN 1577

Por VICENTA CORTES ALONSO

I.—*Introducción.*

Cuarenta años hacía que los españoles habían arribado a las altiplanicies andinas desde las zonas costaneras y, establecida ya la Audiencia e instaurado el régimen administrativo bajo el que tenían que vivir los aborígenes y los recién llegados, la regularidad en las funciones de gobierno se imponía. Los problemas de la convivencia, resueltos sobre la marcha y, sobre todo en los primeros tiempos, nacidos de las duras circunstancias ajenas a la guerra y a los avatares de la conquista, sujetos, por tanto, a la decisión momentánea o al buen entender del capitán de la tropa, van entrando en un cauce más sereno a medida que la espada deja de ser el instrumento primordial en el intercambio de relaciones entre los indígenas y los españoles para dejar paso a la vara de los oidores y sus delegados. Entre las cuestiones por resolver, siendo la cruz la compañera de las armas en la empresa, como tantas veces se ha repetido, ocupaba lugar preeminente la conversión de los indios. La corona tenía gran interés en que la incorporación de los nuevos súbditos a la comunidad cristiana se hiciera de una manera efectiva, más activa que la simple entrada en la grey impuesta por el bautismo, y sabiendo, por otra parte, que los indios guardaban sus antiguos ídolos y les ofrecían culto, el rey ordenó repetidas veces a sus oficiales en el Nuevo Reino de Granada que trataran de desarraigar las antiguas creencias e imponer las nuevas¹.

La tarea no era fácil, como lo demostraba el hecho mismo de supervivencia en el año de 1577, que nos ocupa, y sigue aún hoy presentando las mismas peculiaridades que entonces en los grupos en que la acción misionera trabaja, porque, en verdad, las condiciones, pese al tiempo transcurrido, y a los elementos, son los mismos. Los indios eran adoctrinados y bautizados; en el mejor de los casos, su entrada en la Iglesia era real y since-

ra, pero en el fondo de su alma se fraguaba un sincretismo que les hacía guardar sus viejos santuarios y, si la acción catequizadora no era continua, el olvido de las nuevas enseñanzas no bien aprendidas los hacía volver a sus ancestrales prácticas y a obedecer al mohán o jeque.

Durante la primera acción de conquista, como nos refieren los cronistas, los soldados fueron destruyendo muchos de los templos y santuarios indígenas, tanto por celo apostólico como por el deseo de conseguir el oro y las piedras preciosas que en ellos se encerraban como ofrendas a los dioses de los nativos, las cuales, luégo de quintadas, pasaban a ser botín de guerra. Miles de pesos de oro resultaron del saqueo de los más famosos adoratorios, en los cuales los tunjos ofrendados por los caciques y y capitanes de todas las comarcas vecinas en años sucesivos habían ido acumulando grandes riquezas². Casi todas ellas que habían sido de incalculable valor para el arqueólogo como piezas para la reconstrucción de la vida artística, económica y religiosa de los naturales, fueron destruidas en las múltiples requisas que se llevaron a cabo a través de los tiempos, bien fuera por iniciativa real o por búsqueda de los gaaqueros. Sacadas luégo a luz las ignotas durante largo tiempo para los investigadores, hoy depositadas en los museos, pueden darnos, por cálculo comparativo, una idea de lo que aquellos adoratorios fueron cuando cumplían su función.

Pasada esta primera etapa de destrucción vehemente de los santuarios, ocurrida al mismo tiempo que se derrotaba a los caciques en las batallas y se fundaban los primeros asentamientos, y ante el hecho de la restauración de dichos adoratorios por los indios en ocultos lugares (recato no sólo reverencial sino para defenderlos de las pesquisas de los blancos), surgió la necesidad de hacer una nueva recolecta de todos los objetos de culto del Reino, para que, al menos, al desaparecer éstos, la acción evangelizadora fuera más fácil. Las cédulas encaminadas a favorecer esta acción misional habían sido varias, como leemos en la cédula de 3 de junio de 1577, dada en Santa Fe, que inicia la comisión de que vamos a ocuparnos: "Sepades que por cédulas y provisiones reales nuestras está mandado y dado orden cómo los ritos y ceremonias y ofrecimientos y otros abusos gentilicios que los indios naturales de nuestras Indias cometían y hacían en tiempo de su gentilidad, y algunos después que los españo-

les entraron en ellas, se desarraiguen y quiten y castiguen". Obedeciendo estas órdenes las autoridades indianas habían procurado colaborar en la tarea de apartar a los indígenas de los ídolos, pero, según se cita en la misma cédula, "no ha habido entero efecto para la incredulidad de los dichos naturales hasta ahora últimamente, que por las muchas amonestaciones y halagos que por todas vías los dichos nuestros presidente y oidores han hecho en los caciques principales e indios", éstos habían empezado a mostrar cierto apego a la doctrina de Cristo y entregaban sus ofrendas. La mayor parte de ellas eran en oro, "el cual sabéis se va y ha de ir gastando y convirtiendo en su utilidad pública", por lo que convenía que se recogieran y quintaran las tales, sacándose fe y testimonio auténtico de ellas, para que "no tengan ofrecimientos ni ídolos, ni hagan sacrificios ni santuarios y que /sepan/ han de adorar a solo Dios verdadero".

Ante la necesidad de realizar esta obra, el rey, por indicación de la Audiencia, nombró como factor de la visita a Diego Hidalgo de Montemayor para que fuera a la provincia de Tunja, "por ser como es una de las principales ciudades del dicho Nuevo Reino", a convencer a los caciques de la entrega de sus santuarios, comisión que se efectuó con todo cuidado, como vamos a comprobar.

II.—*La comisión.*

Una vez nombrado Hidalgo como encargado de la pesquisa, el día 12 de julio de 1577 los señores de la Audiencia señalaron al escribano que debía acompañar en su misión al factor. Fue nombrado para el caso el portero de estrados de la Audiencia, Gonzalo Velázquez de Porres, el cual ocupaba dicho oficio desde su establecimiento allá por el año 50³. Se le asignó un salario de dos pesos de veinte quilates diarios, además de los derechos pertenecientes a las escrituras que hiciese, todo lo cual se pagaría del oro que se sacara de los santuarios de Boyacá.

Pero como la orden servía también para los indios cercanos a la capital, los oidores aprovecharon la reunión de éstos con sus caciques en Santa Fe con motivo de la fiesta del Corpus Christi y les hicieron las amonestaciones del caso, "porque no parece habérseles notificado en forma, aunque se entiende que

por los visitadores y otros jueces y predicadores se les ha dado a entender, dicho y predicado y muchas veces amonestado, pero teniendo consideración a su incapacidad e inhabilidad, para más convencer su malicia y para que de aquí adelante no puedan pretender ignorancia ni fingir excusación alguna", se reanudaba la tarea de explicarles lo beneficioso y necesario que para sus almas era que entregaran todos sus objetos de culto y no adoraran más a los ídolos ⁴.

Los castigos para aquellos que, una vez bautizados, volvieran a sus ceremonias y ritos, eran, aparte del hecho de pecar y de incurrir en "ira de Dios Todopoderoso", la muerte de fuego y pérdida de todos los bienes, y para los que no hubieran sido bautizados, en atención a que vivían entre cristianos y resultaban con sus creencias impedimento para la conversión de los demás gentiles, se anunciaba la pena de horca si adoraban al demonio. De esta norma no se exceptuaba a nadie, cualquiera que fuese su condición social, su edad o sexo, sufriendo las penas en relación con el delito que cometieran. Para suprimir los ritos gentiles, se empezaba por desautorizar a sus shamanes, amenazando con hacer quemar vivo al que en adelante ejerciera tal oficio. Luégo tenían que sacar sus santuarios y entregarlos a las autoridades para que, quintado el oro y las piezas valiosas, el monto se empleara en obras de su común beneficio (mejoras, pago del doctrinero, construcción de la iglesia). Por último, se pedía a los caciques y principales que no siguieran practicando la poligamia, sino el matrimonio con una sola mujer, cuyos hijos serían los legítimos herederos del cacicazgo o jefatura y no los sobrinos, como hasta entonces, según el sistema que practicaban de sucesión por línea materna ⁵.

Todas estas normas, tendientes a incorporar a los indios en un sistema familiar monogámico y patriarcal, como era el de los españoles, y en una religión monoteísta como la cristiana, no podían triunfar ni rápidamente ni sin la ayuda de las autoridades vigilantes del buen cumplimiento de lo establecido, complemento, a su vez, de la sacrificada labor de evangelización llevada a cabo por parte de los misioneros que adoctrinaban a los indígenas en sus propios pueblos y rancherías.

Ambas fuerzas actuaban de acuerdo, y por ello la cédula establecía que todas las pláticas que con los indios se tuvieran para explicarles el objeto de la comisión y la recepción de sus

tesoros votivos fueran “ante vos y ante el dicho religioso o sacerdote y algún español, si hubiere en tal repartimiento”, para que los naturales vieran la intención que guiaba a los funcionarios del rey, representantes de su voluntad soberana, de hacerlos adelantar en el conocimiento del Evangelio y en la mejor práctica de éste, alejándolos de sus anteriores creencias.

Con estos antecedentes y preparativos, salían el 13 de julio de Santa Fe el factor Hidalgo de Montemayor y su escribano Velázquez de Porres, con dirección a Tunja. Cabalgarían por la sabana hasta coger el camino de la tierra fría y luégo de varios días de marcha, el 19, presentaban sus credenciales a los oficiales de la ciudad para que les prestaran la ayuda necesaria. Cumplidas estas formalidades, descansados y atemperados del cambio de clima, el día 22 emprendían nueva marcha camino del valle de Sogamoso, centro que con Tunja formaba la pareja de distritos de población más nutrida e importante de la región boyacense. De paso se detuvieron en el repartimiento de Toca, encomienda del vecino de Tunja Gonzalo Ruiz, en donde estando presentes el oidor Luis Cortés de Mesa, el franciscano fray Francisco de Pavía y los indios, se les notificó el motivo del viaje ⁶.

De allí salieron el día 23 para Sogamoso, pueblo perteneciente a su majestad, donde establecieron su base de operaciones y notificaron a los indios vecinos otra vez la causa de su llegada y la conveniencia de que acudiesen a él los caciques con sus santuarios. Algunos de ellos, con sus capitanes, se habían ausentado de sus parcialidades y repartimientos, enterados tal vez de las intenciones de los españoles, como sucedía con los de Mongua, Monguí e Iza. Por esto, cuando Hidalgo y el escribano pasaron en su recorrido por dichos pueblos no encontraron a nadie, lo mismo que en Cúitiva y Guáquira, a donde fueron el 29 de julio sin resultado alguno volviendo en la misma jornada a Sogamoso. Un día después emprendieron regreso a Tunja, cabeza de todo el territorio, pasando por Foratotibasisa y Firavitoba, y en la capital hacía el factor Hidalgo saber a los encomenderos de las tierras cercanas a ella que debían reunir a sus indios al cabo de dos días, en compañía del doctrinero, para que aquél pudiera manifestarles su comisión. Se enviaron las notificaciones a Miguel Núñez Corredor, Lázaro López de Salazar, ñingo López de Fonseca, a la esposa de Juan de Villanueva y a Jerónimo de Carvajal.

La Audiencia había dado una cédula especial dirigida a los vecinos de Tunja, encaminada a facilitar la gestión de Hidalgo, y éste la presentaba el día 5 junto con su comisión. Al día siguiente debieron salir en dirección a Moniquirá, en donde actuaban el 7 en presencia del doctrinero fray Francisco Cobo, marchando luego a Motavita y Cucaita, para llegar el 9 a Oicatá y Nemusá. A consecuencia del mucho caminar, tal vez, el escribano Velázquez enfermó y se quedó en Tunja hasta su restablecimiento, el cual le detuvo unos diez días, pues el 18 se encontraba con fuerzas para ponerse en marcha hacia Sogamoso, en donde pensaba encontrar al factor por aquellas fechas. Este, entretanto, sin interrumpir su trabajo, había salido el 10 camino de Suta, cruzando por Motavita y Sotaquirá, en donde descansó el 12. A la mañana siguiente partió para Bonzo, Ecusa y Paipa, arribando el 14 a Duitama. Descansó allí el 15, y el 16 subía hasta Cerinza. De esta localidad marchó a Tobasía, de donde regresó al otro día a Cerinza, para llegar a Busbanzá el 17. Se quedó todo este día y el siguiente en dicho pueblo recibiendo a los caciques vecinos, y el 19 volvía a entrar en Sogamoso, en donde lo esperaban los indios comarcanos y el escribano.

Iniciaron el 20 de agosto el regreso a Tunja, deteniéndose en Tibasosa y Chámeza. Al otro día visitaron Iza, en donde la vez anterior no habían encontrado a nadie, y Topía, adonde acudieron varios caciques con sus indios. A Pesca llegaban el día 22, seguían hacia Turga, Toca, Tocabita, Sichoca, Siachoque, Guachatá y Chivatá, en donde estaban el 24. De Chivatá pasaron a Tunja, la capital, para volver a insistir cerca de los encomenderos y completar la búsqueda iniciada al presentar su comisión. Para ello el día 26 enviaron notificaciones a doña Catalina de Pineda, Juan de Orozco, don Jerónimo Carvajal, los hijos de Hernando de Rojas, al cuñado de Pacheco, Trujillo, y doña María de Herrezuelo. Gaspar Arias, alguacil del campo de la provincia de Tunja, era encargado de llevar las órdenes y, a la vuelta, de acompañar a los indios para que comparecieran ante el factor.

Cada día llegaban los caciques de los pueblos convocados, como los de Soatá, Cómeza, Cheva, Socotá, Chúsmita, Soracá, Samacá y otros. Los días 30 y 31 se cursaron nuevas notificaciones a Juan Rodríguez Parra, Juan Rodríguez de Ver-

gara, Francisco de Chinchilla, Juan de la Fuente, Diego de Partearroyo, Gil González Suárez y al bachiller Valdelomar. Como los encomendados de la Pineda no llegaban y otros no comparecían, pese a todo lo actuado, se comisionaba a Arias para que los buscara a costa de los propios indios.

Se inicia el mes de septiembre y en su segundo día Hidalgo hace buscar por Arias a los indios de Antón de Santana, del Adelantado, del capitán Gregorio Suárez, del capitán Patiño, de Diego de Partearroyo, de Juan Prieto Maldonado, de Barrera y de Sebastián García. Como algunos eran remisos a pesar de anteriores amonestaciones, se ordenaba al alguacil que a Santana le cobrara 4 pesos diarios o 4 mantas por la comisión, so pena del cuádruplo no obedeciendo, porque muchas veces se le había ya avisado.

Así fueron compareciendo los de Mongua, Neacachá, Pachquirá, Viracachá, Monquirá, Ciénaga, Cochabita, Ícaga, Boyacá, Somondoco, Sora, Suta, Sáchica, etc., con sus respectivos santuarios. El escriba iba copiando todo en sus cuadernos, y el día 10 de septiembre el factor volvió a reunir a todos los indios que se pudieron haber para repetirles, a los cristianos y a los infieles, que se les ordenaba no adorar a sus antiguos ídolos y emplear todos los bienes y ofrendas a ellos dedicados en bien de sus propias casas y familias, prohibiendo, al mismo tiempo, que se les estorbara en esto. Toda la alocución fue pregonada en el mercado públicamente.

Terminada la información y sacada cuenta de lo ingresado en la caja para la Real Hacienda, Hidalgo y Velázquez de Pórreres regresaron a Santa Fe, adonde llegaban el día 15. Dos días más tarde el factor entregaba al fundidor de la Hacienda regia, Hernando de Arias, 1.724 pesos 7 tomines de oro bajo y fino, más 250 pesos en piedras de esmeraldas de escaso valor, para que el metal lo fundiera y cobrado el quinto entregara el resto a disposición de los oidores.

Vemos por el recorrido y las fechas del itinerario que la actividad de Hidalgo y Velázquez fue realmente intensa, minuciosa y recta, procurando éstos averiguar con todo cuidado cuáles y cuántos eran los santuarios, buscar a los indios ausentes y castigar a los reacios. Pasemos ahora a ver cuál era el procedimiento.

Ya hemos anticipado, al hablar de la cédula iniciadora de la comisión, que la gestión del factor debía llevarse a cabo con todo rigor legal, apuntada por el escribano de oficio para ello designado y ante testigos. Seguiremos en nuestra exposición los actos realizados en Sogamoso por Hidalgo el día 24 de julio de 1577 como muestra del procedimiento, que no difiere, en su curso protocolario, de las visitas que se solían hacer a los indios por otras causas ⁷.

Previamente se había anunciado a los naturales el acontecimiento y, aprovechando su reunión para misa mayor, el factor se puso en contacto con el cacique principal de los indios del valle de Sogamoso, llamado don Juan. Como aquél no conocía la lengua de los indígenas, antes había hecho acudir a un Pedro de Sanabria, mestizo, lengua o intérprete oficial de la provincia, por ser natural de ella, el cual había servido también de mensajero, llevando la notificación de la llegada y convocatoria del dicho Hidalgo a los indios, para que acudieran a la cita propuesta. Con don Juan se hallaban sus capitanes don Diego Tupanteve, don Felipe Tobaca, don Alonso Pontiva, don Juan Monguí, don Francisco Moniquirá, Trién y Tutasá, faltando otros dos para completar el total de los 10 que pertenecían al repartimiento de Sogamoso, llamados el capitán Satoba, que estaba loco, y Firavitoba, que estaba ausente desde el día anterior al aviso dado por Sanabria.

Concurrían con los enviados de la Audiencia el franciscano encargado de la doctrina, fray Francisco Cerón, y Gonzalo Sánchez de Robledo. Por medio de Sanabria se les leyó la real provisión que ordenaba la entrega de los santuarios, "poco a poco y de mucho espacio, y haciendo distancia y cada cosa por sí en lo sustanciado", para que los caciques y capitanes allí reunidos entendieran bien el motivo de la asamblea. Luégo que lo tuvieron claro, se les encerró en la misma iglesia, a manera de cárcel, hasta las cuatro de la tarde, en que, habiendo llegado un indio ladino y cristiano, llamado Luis de Avendaño, muy experto en su oficio de lengua, según habían podido comprobar otros oficiales reales que lo habían utilizado antes, se les abrieron las puertas y se procedió a una nueva explicación. Primero, como a Sanabria, se pidió juramento a Avendaño y luégo, en presencia del religioso y de Sánchez de Robledo, de Cristóbal de Rojas, Gabriel López de Nureña y Gaspar Arias, españoles, y

un mozo principal sobrino de Combi, el santero de Sogamoso, ausente, se hizo la misma explicación que anteriormente se les había dado por Sanabria. Cuando dijeron haberla entendido, los indios aseguraron que no tenían santuario alguno, pero que les entregarían tanto oro y mantas como quisieran. Los oficiales les respondieron que no querían sus bienes sino sus ídolos, para evitar que siguieran adorándolos y que, sabiendo que los tenían, no los dejarían ver a sus mujeres, ni comer coca, ni beber chicha, ni los libertarían, antes los castigarían con todo rigor, si no se los entregaban. Y para impresionarlos más, los amenazaron incluso con desterrarlos a Santa Marta, deteniéndolos a todos, comprendido también el joven sobrino de Combi.

El jueves por la mañana, día 25, entró el oidor Mesa en la iglesia antes de la misa y exhortó al cacique don Juan para que no se mostrara reacio a la petición del factor y evitara que éste tuviera que cumplir en él los castigos con los que los tenía amenazados. Entonces don Juan le dijo que tenía tres santuarios en su cercado, que estaba dispuesto a entregar. Oído esto por Mesa se lo comunicó a Hidalgo, el cual puso al cacique en libertad. Mediando Avendaño y en presencia del franciscano y de Velázquez de Porres le pidió que indicara qué personas quería lo acompañaran a buscarlos, puesto que no podía ir solo, y entonces don Juan designó como sus acompañantes al escribano y al lengua, con los que partió luégo. Cuando marchaban, Velázquez le volvió a preguntar si quería que fueran ellos sus compañeros de paseo, y el indio cambió al escribano por Gaspar Arias, el alguacil. Entretanto los otros capitanes, que pese a lo sucedido no habían dado muestras de declarar los suyos, permanecieron reclusos en la iglesia.

En el asiento del escribano no se explica el episodio de la búsqueda de los santuarios de don Juan, porque él no fue testigo, pero seguiremos la aventura con otro caso semejante para no romper el hilo de nuestro relato⁸. Así, el capitán Felipe Tobaca llevó al factor y al escribano a un bohío muy pequeño donde apenas cabía el indio, y en el que Hidalgo metió la cabeza, sin ver nada. Entonces Tobaca empezó a dar voces como llamando a alguien, y un indio que allí estaba dijo que fueran a otro bohío, a donde lo habían trasladado todo. Ese mismo día el capitán Topantebé, llamado don Diego, los llevó también a su adoratorio, encerrado en un bohío próximo al pueblo y en el que los

dos oficiales reales entraron para recoger la mochila y la mucurita en que se guardaban las ofrendas.

La reacción de los indios a la búsqueda de los pesquisidores era desfavorable porque todos preferían guardar sus adoratorios. Por ello, en la huída cifraban la salvación de sus tesoros votivos y se ausentaban de sus casas. Ya hemos citado este hecho al hablar del recorrido del factor por los alrededores de Sogamoso, por los pueblos de Monguí e Iza, pero lo mismo sucedía en los otros distritos en que el alguacil Arias tenía que llevar a la fuerza a los caciques, como era el caso del de Curimacha, que no quería hacer caso a los apercibimientos que se le hicieron; o bien el mismo Arias entregaba los santuarios ante la ausencia de los indios, como sucedió con los de Cheva y Chúsmita. Otras veces era el doctrinero el que, huídos los caciques, marchaba con los indígenas que quedaban a entregar los santuarios, como el misionero fray Antonino Ramírez, que llevaba a Tunja los exvotos del pueblo de Sáchica.

Eran los indios tan pertinaces en su deseo de escapar, que sólo prendiéndolos se sometían. Así, cuando Hidalgo iba camino de Duitama encontró por la vía al cacique Juan, que parecía querer ausentarse. Lo llevó consigo y le explicó el objeto de su venida para que cumpliera con la comisión, pero en vista de que no se mostraba dispuesto a obedecerlo lo tuvo que prender al siguiente día para que le entregara sus chagualas y santillos de oro.

Cuando la ausencia no les parecía prudente escapatoria, pues sabían que los mandarían buscar por sus encomenderos o por el alguacil, la negativa era la única respuesta que se conseguía de ellos, hasta que amenazados en forma seria se obtenía una confesión verdadera. Lo hemos visto en la explicación referente al cacique don Juan, de Sogamoso, y lo volvemos a ver con los indios de Tuta. Estos dijeron a Hidalgo que no tenían nada que entregar, y el factor se los llevó consigo en su viaje a Sotaquirá, en donde tornados a interrogar confesaron que sí los tenían y enviaron a buscarlos. Incluso se acusaban unos a otros tratando de evitar su propio mal, haciéndolo recaer en el prójimo. Típico es el caso de los indios de Cerinza, cuyos caciques y capitanes declararon que su jefe don Pedro no había manifestado todo su santuario, porque días antes ellos le habían ofrecido muchos objetos, que no figuraban entre los presenta-

dos y que debía tener escondidos. Entonces Hidalgo mandó prender al cacique principal y lo amenazó hasta con azotes si no entregaba todo, y ante la reiterada negativa de don Pedro, a pesar del anuncio de tan afrentosa pena, el factor lo mandó soltar.

En general la prisión y el aviso de los castigos corporales eran suficientes para convencer a los indios, procurando el oficial no llegar a la práctica de las amenazas más que en los casos de verdadera necesidad y a manera de escarmiento, para que el ejemplo hiciera más dóciles a los demás naturales. Así, por ejemplo, Hidalgo mandó dar 10 o 12 azotes a un indio de Firavitoba porque, aunque asistía a la doctrina, guardaba y frecuentaba los santuarios.

Algunas veces los indígenas se disculpaban diciendo que sus encomenderos les habían ya pedido los santuarios para entregárselos al factor. En tal caso se hacían las averiguaciones necesarias para esclarecer la verdad. Estando en Tunja Hidalgo compareció el cacique de Viracachá y dijo que su amo lo había encerrado cuatro días en una despensa para obligarlo a entregar su santuario y llevarlo él al factor, y que por temor le había dado unos santillos, tejuelos e ídolos, como había presenciado un indio ladino de su encomendero. Este, que era Juan Rodríguez de Vergara, presentó al siguiente día una petición reclamando un careo con los indios, porque alegaba que todo eran invenciones del cacique y sus sujetos para no entregar lo que tenían. Efectivamente, puestos frente a su amo, confesaron que nada le habían dado y recibieron entonces la orden de irlos a buscar para entregarlos al factor.

Días más tarde el capitán de Bombasá llegaba a Tunja a quejarse ante Hidalgo de que cuando el oficial pasó por Pesca, él fue a llevar lo de su cacique, pero que el padre Mejía se lo tomó casi todo, no dejándole más que unas plumas y caracoles, por lo que pedía que fuera reclamado al clérigo todo ello. En este caso Hidalgo decidió no entrar en averiguaciones, porque, tratándose de un religioso, su prestigio podía verse comprometido y su autoridad mermada frente a sus catecúmenos.

No había transcurrido una semana de ello cuando un encomendero remitía, con carta justificativa, todo lo habido de sus indios en cuenta sacada con ayuda del doctrinero, para que se asentara en la relación del escribano, reclamando recibo de

todo para luego solicitar lo que sobrara al sacar el quinto y dedicarlo a construir la iglesia de los indios. Merece la pena detenerse en este caso, pues marca el polo opuesto en la posición de los indios ante las demandas. Los de Iguaque, al ser requeridos por Otarola, su encomendero, para que entregaran sus santuarios, no se negaron como los otros, sino que se apresuraron a obedecer y le llevaron 47 santillos recién fundidos, de oro bajo, que su amo remitió al factor con una carta en la que le comunicaba su sospecha de que los acababan de hacer, temerosos de algún castigo, puesto que sabía que carecían de santuarios desde que en la visita del licenciado Cepeda su ayudante, Lucas Bejarano, se los había quemado. Queda patente, además, la veracidad de la sospecha, por la uniformidad del envío en sí: el número y el peso de los santillos entregados por el cacique y sus capitanes era de una semejanza tal, que declaraba su fabricación un tanto en serie, como apuntaba Otarola.

Mal que bien, haciéndolo de buen grado o intimidados por los posibles castigos para el caso de desobediencia, los indios fueron presentando sus santuarios ante el factor y su escribano. Se procedía entonces a asentar en el expediente de la comisión todos los objetos que a manos de la autoridad llegaban, haciendo distinción entre los que, por su calidad, eran susceptibles de ser quintados y los que no encerraban valor cotizabile alguno. Los del primer grupo, hecha mención de la materia, aleación, peso y valor, se inscribían en el registro, y los otros, las mucuritas, vasijas, mantas, ídolos de algodón y palo, eran quemados públicamente para que los indios los tuvieran en poco, como engaños del diablo que eran.

Nos interesa destacar que las descripciones, unas con otras, permiten formar una idea de las ofrendas no sólo en lo que a su valor en pesos de oro se refiere, sino también en cuanto a su manufactura, forma, calidad del trabajo e incluso descripción de los tipos. Conocidos en detalle estos objetos podemos, en efecto, ponerlos en contacto con las piezas existentes en las colecciones de los museos y hacerlas cobrar vida propia más allá del mero hallazgo arqueológico.

En cuanto a las piezas que se destruyeron, y que por ser de materias perecederas no es fácil hallarlas en las vitrinas junto a las otras, también su descripción o noticia sirve para

completar el cuadro de la vida espiritual de los aborígenes y corroborar las descripciones de las historias contemporáneas.

Por la muestra que copiamos de estos asientos⁹, puede apreciarse que al describir la forma en que iban envueltas una totuma, tres patenas y veinticinco santillos en "una mochila de red muy ahumada, con algunos trapiellos y algodón envuelto todo muy ahumado", podemos deducir que para el culto utilizaban abundante sahumero en los pequeños bohíos. Eso, unido a la precisión en el peso de las piezas, ya que ella había de servir de base para sacar los quintos pertenecientes al rey, puede ayudar no sólo a imaginar el tamaño sino a completar las informaciones sobre el culto. Como muestra de que el peso se registraba bien, tenemos la comprobación hecha por Velázquez del lote enviado por Otarola. El encomendero decía en su carta que el total de santillos ascendía a 129 pesos 4 tomines. En Tunja lo pesaron tal y como lo entregó Alvarillo, el indio ladino que actuaba como mensajero de su amo, con los apartados por hilos, como venía separado, y el resultado fue de 125 pesos 1 tomín de oro bajo y medio, diferencia que se hizo constar en el asiento correspondiente.

Son dignos de mención, por otra parte, dos incidentes que demuestran el carácter y la rectitud de intención con que esta visita se llevó a término y el interés de Hidalgo y sus ayudantes en el cumplimiento del espíritu de la cédula, es decir, que más que nada su trabajo iba encaminado a dejar patente en el alma de los indígenas lo perjudicial de las ofrendas a sus dioses, en contraste con lo que ganarían dedicando aquellos bienes a su propio adelanto y superación material. Hemos dicho cómo se negó a aceptar oro de cualquier clase (pues los indios se lo ofrecían con la bien probada experiencia del ansia de los españoles por poseerlo) que no fuera de santuarios. Pero es que, además, como el ejemplo servía de efectiva enseñanza, bueno era comenzar ya a practicarlo en la misma visita. Y por ello, cuando los de Topía dijeron que sus santillos los tenían en el santuario no como exvoto sino como oro para comprar algodón, el factor se los devolvió, lo mismo que al capitán de Pesca se le tornaron dos de los tres que había dado, porque declaró que sólo uno lo había dedicado al adoratorio.

III.—*Los encomenderos.*

La mayoría de los encomenderos, dada la fecha en que nos encontramos, pertenecían aún a la generación de los conquistadores, los que con su esfuerzo habían ganado las encomiendas y repartimientos como premio de sus méritos y servicios al rey. Ellos, sus mujeres o sus viudas disfrutaban de los beneficios adquiridos en la conquista y eran ayudados por sus hijos y herederos. Estos, en caso de orfandad, eran los usufructuarios de los éxitos de sus progenitores, compañeros de don Gonzalo Jiménez de Quesada, de Belalcázar o de Federmán. Los iremos enumerando por orden alfabético, añadiendo los datos a nuestro alcance ¹⁰.

Don Juan de Avendaño tenía encomendados los indios de Gámeza y repartidos los de Tuta ¹¹.

El capitán Pedro Bravo de Molina había dejado a su heredero, menor aún, la encomienda de Guachatá y las de Tópaga, Chipatá y Gótamo, estas últimas administradas por Manuel Carvallo ¹².

Francisco Calderón era el propietario de la encomienda de Tobón ¹³.

La de Bartolomé Camacho estaba formada por los repartimientos de Ecusa, Timisa y Sátiva ¹⁴.

Don Jerónimo de Carvajal, vecino de Tunja, tenía a su cargo la encomienda del pueblo de Siachoque y el repartimiento de Cucaita ¹⁵.

Las mujeres también administraban sus encomiendas, como era el caso de doña Catalina de Carvajal, esposa de Luis García, que tenía la de Neacachá ¹⁶.

Don Pedro Pacheco no podía ocuparse personalmente de sus indios, pues a la requisitoria del factor acudía su cuñado Trujillo, y de la encomienda de Chaine se encargaba su madre, doña Francisca de Carvajal ¹⁷.

Antonio de Castro, lusitano, era dueño del repartimiento de Cerinza y Cusaquirá ¹⁸.

Otro vecino de Tunja, llamado Cazalla, tenía la encomienda de Amaca ¹⁹.

Juan de Chinchilla, en otro lugar nombrado Francisco, era el encomendero de Moniquirá ²⁰.

Soconsuca, Paipa, Paipilla y Saquencipá pertenecían al repartimiento de Gonzalo de Cifuentes ²¹.

Pedro Daza era el encomendero de Pesca ²².

Cuando se realizaba la visita, el capitán Antonio de Esquivel estaba ausente, en Santa Fe, y se encargó de la entrega su yerno, Íñigo López de Fonseca, que se hallaba en Suta, pueblo que con Cómbita formaba la encomienda de su suegro ²³.

Pedro Fernández era el encomendero del cacique de Pagasía ²⁴.

Sebastián García del de Guascha ²⁵.

Doña Marina de Herrezuelo o María de Herrecillo, viuda del capitán Galocha, era la dueña de los indios de Cochabita ²⁶.

Miguel Holguín era encomendero de Tibasosa y Chámeza y poseía también el repartimiento de Foratotibasisa ²⁷.

El pueblo de Tocabita estaba repartido al vecino de Tunja llamado Antonio de Hoyos ²⁸.

El Adelantado tenía su repartimiento en la provincia, o al menos así se le titulaba, situado en el pueblo de Motavita, pero estaba prácticamente abandonado ²⁹.

En este mismo pueblo tenía Lázaro López de Salazar el suyo, que daba nombre a la zona, como sucedía con el del Adelantado ³⁰.

Alonso Maldonado poseía el repartimietno de Duitama y Tibatioc, en donde él mismo se hallaba al tiempo del viaje de Hidalgo ³¹, recibido de su padre el afamado conquistador de su mismo apellido.

A esta segunda generación pertenece también Diego Montañés, homónimo de su padre, el que peleara con Baltasar Maldonado en la empresa de Duitama, del cual debió recibir, además del "ser y propio nombre", como dice Castellanos, las encomiendas de Guáquira y Tota ³².

Pedro Núñez Cabrera tenía en Bonzo su repartimiento ³³.

El mestizo Juan Ortiz, vecino de la ciudad, era el propietario de la encomienda de Cómeza ³⁴.

Juan de Otarola tenía encomendados los indios de Iguaque ³⁵.

Otro de los primeros conquistadores era Paredes Calderón, esforzado concurrente al lance de Duitama, cuyo hijo, no menos notable, el capitán Juan de la Fuente, presentaba a los indios que su progenitor tenía encomendados en Ciénaga ³⁶.

No sólo los hijos criollos estaban a cargo de la hacienda paterna, sino también los mestizos habidos con las indias de la tierra. Hemos citado a un Ortiz, y para la encomienda de Boyacá y sus naturales comparecía un hijo de Diego de Partearroyo, de tal condición ³⁷.

Doña Catalina de Pineda, mujer del ya citado Antonio de Esquivel, tenía a su cargo las encomiendas de Cheva y de Ícaga. Al cacique de la segunda se encargaba de presentar por ella Cifuentes el Mozo ³⁸.

El capitán Juan Prieto Maldonado tenía la encomienda de Sora ³⁹.

Diego Rincón, regidor de Tunja, tenía las de Busbanzá y Suta ⁴⁰.

La de Soracá era de la viuda de Francisco Rodríguez ⁴¹.

Antonio Rodríguez Cazalla tenía la encomienda de Tobasía ⁴².

Juan Rodríguez Gil era dueño de la de Soacá ⁴³.

El vecino de la ciudad Pedro Rodríguez de León tenía a los indios de Chíquiza ⁴⁴.

Los de Somondoco los poseía Juan Rodríguez Parra ⁴⁵.

Los de Viracachá pertenecían a Juan Rodríguez Vergara ⁴⁶.

Hernando de Rojas el Mozo se encargaba de presentar los suyos y los de su padre, de Pachequirá ⁴⁷.

Uno de los encomenderos más poderosos era el regidor de Tunja, Martín de Rojas, el cual era dueño de las encomiendas de Firavitoba, Curimachá, Cumachoque y Sichoca y del repartimiento de Toca ⁴⁸.

La viuda de Roper, encomendera de Socotá y del repartimiento de Monquirá, no estaba en sus propiedades cuando la visita, y las notificaciones fueron dadas a su entenado, Sebastián Roper, en su lugar ⁴⁹.

Gonzalo Ruiz, vecino de Tunja, era el poseedor del repartimiento de Toca ⁵⁰.

Doña Leonor Ruiz era la encomendera de Iza, aunque ella no habitaba en la encomienda, pues sólo vivía allí su encargado, Martín de Alegría ⁵¹.

Miguel Ruiz, hijo del conquistador Pedro Corredor, había heredado de su padre la buena encomienda de Oicatá y Nemusá, premio al valor y trabajo del dicho en las batallas de los prime-

ros tiempos en compañía de Maldonado, Montañés y los demás capitanes ⁵².

Juan de Salamanca tenía la encomienda de Betétiva ⁵³.

El capitán Luis Salguero era el propietario de la de Monagua ⁵⁴.

Otro de los participantes en Duitama, Miguel Sánchez, ahora vecino de la ciudad, tenía la encomienda de Soatá ⁵⁵.

Juan Sánchez de la Parra era el dueño de la de Babanique ⁵⁶.

Antón de Santana, al que hubo que urgir para la presentación de los indios, llevó por fin al cacique y naturales de Suta, cuya era la encomienda ⁵⁷.

El capitán Pedro Suárez tenía a su cargo Icabuco, Tiuaná, Subativá, Chiribitá y Ochanova ⁵⁸.

Alvaro Suárez presentaba, en nombre de su padre, el capitán Gregorio Suárez de Deza, a los indios de Cucaita ⁵⁹.

El regidor Rodrigo Suárez Sabariego tenía adjudicada la de Cuítiva ⁶⁰.

La de Foaca estaba en manos del bachiller Valdelomar ⁶¹.

Diego de Vargas, hijo del gobernador de la Guayana, era el que tenía encomendados los indios de Tutasá ⁶².

Andaba ausente de la provincia el capitán Juan de Villanueva, encomendero de Motavita, cuya encomienda estaba casi sola, pues su mujer, hija de otro renombrado capitán, Mateo Sánchez Cogolludo, estaba enferma en cama ⁶³.

Francisco Yáñez tenía el repartimiento de Sotaquirá y Gámeza ⁶⁴.

Por último, Jerónimo de Zárate era el dueño de la encomienda de Sáchica ⁶⁵.

La corona también tenía sus indios encomendados y, por su parte, no estaban exentos de entregar sus santuarios, por lo que el cacique de Samacá, que pertenecía al rey, acudió a Tunja como todos los demás encomendados y lo mismo los de Sogamoso ⁶⁶.

Repasando esta lista se nos presenta la sociedad colonial encabezada por los participantes en la lucha de penetración, por los soldados que habían recorrido aquellas mismas regiones espada al cinto y que, sometidos los naturales, cambiaban sus andanzas batalladoras por la atención de sus haciendas, el cuidado de sus indios encomendados y el desempeño de los cargos concejiles que en mérito a sus servicios les habían sido adjudi-

cados⁶⁷. Esta clase privilegiada de los encomenderos se fortalecía, además, por los matrimonios que se efectuaban entre sus propios hijos, con lo cual se entretejían en una red de intereses vinculados a las mismas necesidades y apetencias.

Formaban una élite potente que, junto al poder que la riqueza de sus haciendas les proporcionaba, colocaban el ejercicio de los cargos públicos en el cabildo tunjano. Martín de Rojas no era sólo un rico encomendero, sino también regidor de la ciudad, lo mismo que Diego Rincón.

Todos se conocían desde los días azarosos de las escaramuzas y encuentros por aquellos mismos valles y serranías, e incluso algunos venían juntos desde sus primeras andanzas en tierras de Santa Marta o las Antillas. Tenían que recordar las penalidades sufridas en Duitama, la mano quebrada de Miguel Sánchez en un combate o la gallardía y arrojo de Núñez Cabrera. Pasado el primer momento y antes de que la oleada de funcionarios y oficiales los reemplazara, ellos eran la cabeza de la provincia, fruto de sus desvelos y su misma recompensa. Asentados en ella, formado su hogar con las hermanas o hijas de sus compañeros de armas, dejaban a sus herederos un nombre que figuraba en las más famosas hazañas y unas tierras en las que continuar trabajando, si bien con menores laureles. Así nos lo declara Castellanos al hacer el retrato de Cifuentes, "sucesor en el nombre y en las suertes debidas a servicios de su padre"⁶⁸.

Los Maldonado, Rojas, Vargas, Sánchez, Calderón, que habían unido sus espadas en los trances de Duitama, de los Llanos o en la sabana de Bogotá, más tarde unían sus familias con mutuos enlaces. Doña Isabel Maldonado se unía a Pedro Núñez Cabrera, María Sánchez formaba una nueva estirpe al contraer matrimonio con Juan de Villanueva, Catalina de Vargas se convertía en la esposa de Diego Montañés. Estas uniones continuaron en la segunda generación, y el heredero de don Diego se casaba a su vez con Isabel de Vargas.

Los criollos habidos de estas uniones siguieron la trayectoria de sus padres, pelearon, cuidaron sus encomiendas y aun se aficionaron, como don Fernando de Avendaño, a las curiosidades de la tierra y fueron intérpretes de las tradiciones indígenas. Las hembras cumplieron su función de forjar la casa y mantenerla, como doña Catalina de Carvajal, esposa de Luis García, o las encomenderas doña Catalina de Pineda (viuda del capitán

ciones. Son muchos los casos en que ellos no sólo actuaron de testigos en las presentaciones de los santuarios, como en la cédula se indicaba, sino que también llevaron a Tunja y a Sogamoso a los indios, para que comparecieran ante el factor real. Sabemos que el padre fray Francisco de Pavía, franciscano, estaba encargado de los indios del repartimiento de Toca y asistió a las entregas hechas en el lugar el día 22 de julio. Otro fraile de la misma Orden estaba viviendo con los de Cuítiva, otro permanecía enfermo en Foratotibasisa, y su hermano de hábito, fray Luis Corredor, acudía a Topía en compañía del encomendero e indios de Guáquira para presentar las ofrendas.

Entre los dominicos se hallaban fray Francisco Cobo, encargado de los encomendados del repartimiento de Roperero en Monquirá; fray Juan Cabrera, que actuaba en el repartimiento real de Chivatá y fue ante quien Hidalgo llevó a cabo su comisión, a su paso por el lugar; fray Antonio Ramírez, el cual llevó a Tunja a los indios de la encomienda de Sáchica.

En Paipa estaba fray Gonzalo Méndez y en Iguaque fray Francisco de Gaviria⁶⁹. Del clero secular conocemos al padre Mejía, a cuyo cargo estaba la doctrina de Pesca, y con el que sucedió el incidente del santuario de los indios de Bombasá, antes citado. En Soracá adoctrinaba a los indios el padre Francisco Pérez, cura de la iglesia de San Laureano, en Tunja.

Si los encomenderos habitaban su encomienda, ellos mismos incitaron a los indígenas a que obedecieran lo mandado y presenciaron las entregas. En Suta el yerno de Esquivel, encomendero titular del pueblo, concurría con el factor el día 10 de agosto a la ceremonia de recogida de las ofrendas y quema de los bohíos en que las guardaban. Después, cuando Tunja fue elegida como sede en la que iba a actuar el comisionado regio, los propietarios, a veces, luégo de sucesivas amonestaciones y requerimientos, fueron acudiendo con sus indios para que no se retrasara el trabajo y, al mismo tiempo, no incurrir en las penas pecuniarias que el factor había autorizado al alguacil Arias a imponer, si no llegaban pronto a la ciudad.

El 27 de agosto llegaba Miguel Sánchez con los naturales de Soatá y al día siguiente comparecía Hernando de Rojas el Mozo con los de Sasa. El 30 se presentaba Lope de Castelblanco acompañando a los indios de Mongua, del capitán Salguero; volvía Rojas con los del cacique de Pachequirá, que estaba en manos

Jorge de Olmeda), doña María de Herrezuelo, o la viuda de Roperó, velando por los intereses de sus herederos.

Muchos de ellos habitaban en la misma encomienda y la administraban personalmente o por medio de sus parientes cercanos. Otros ponían al frente de ellas personas aptas para su regencia, como había hecho doña Leonor en el pueblo de Iza con Juan Martín de Alegría, al cual notificaba la comisión el factor el 29 de julio a su paso por el pueblo, para que reuniera a los indios y los enviara al día siguiente a Sogamoso; o la encomienda del menor Bravo, en Tópaga y sus pueblos vecinos, que estaba en manos de Manuel Carvallo. Otras más importantes tenían puesto por el dueño un alguacil para su control, como era el caso del empleo dado a Gabriel López de Nureña en el repartimiento de Motavita, de Salazar.

La corona, por su parte, actuaba como los particulares y también encargaba de la administración de las suyas a los mismos pobladores, y así, doña María de Guzmán, viuda de Pedro Bravo de Molina, tenía a su cargo el repartimiento de Chivatá, que había recaído en la corona al desposeer a su hijo por asesinato.

Algunos repartimientos, en cambio, no eran asiento fijo de sus dueños y permanecían prácticamente, si no había doctrinero, libres por completo en manos de los caciques, como observó Diego Hidalgo de Montemayor a su paso por Guáquira, de Montañés, por Motavita de Villanueva y del Adelantado y por el repartimiento de don Jerónimo en Cucaita, en que habiéndose ausentado los indios los poblados estaban abandonados y desiertos.

Los encomenderos estaban en la obligación de proporcionar a sus indígenas, pues en ello se basaba la encomienda, la instrucción religiosa que los introdujera en la comunidad de la Iglesia, para lo que debían mantener entre ellos doctrineros que los evangelizaran. Veremos cómo la mayor parte estaban atendidas con arreglo a lo solicitado en las cédulas reales. Por ello, cuando de quitarles las idolatrías se trataba, también los encomenderos debían ser los que ordenaran a sus sujetos que obedecieran las órdenes del rey.

Cuando el encomendero no vivía en el pueblo indígena, era el fraile encargado de la doctrina el que lo representaba en cierto modo y el que ayudaba a los oficiales reales en sus fun-

de su padre, y el jefe de Viracachá, que llegaba a poco, acusaba a su encomendero de haberle tomado todos sus santuarios días antes. A la mañana siguiente comparecía el amo, Juan Rodríguez de Vergara, y se aclaraba el enredo. Luégo llegaba Juan de Chinchilla con los indios de Moniquirá a él sujetos. Más tarde Arias entregaba las piezas de los santuarios de unos cuantos indios que andaban huídos y las del de Chúsmita, que se le escapó en el camino a Tunja.

En los primeros días de septiembre se repitieron las presentaciones, pues el 2 las hacían los habitantes de Ciénaga, con Juan de la Fuente, y los de Cochabita, llevados por un español. Un día más tarde Cifuentes el Mozo presentaba a los de Icaña, de Catalina de Pineda; el vecino Juan Rodríguez de León traía a los de Chíquiza; el mestizo de Partearroyo lo hacía con los de su padre, de Boyacá, y Juan Rodríguez Parra concurría con los suyos de Somondoco. El día 4 llegaba Pedro Suárez con los propios de Icabuco y los pueblos vecinos; el 6 Antón de Santana con los de Suta, y por fin el 7 Alvaro Suárez hacía la postrera entrega encabezada por un encomendero, antes de que los oficiales reales cerraran la comisión y regresaran a Santa Fe.

IV.—*Los indios.*

Si las noticias que el expediente de la visita de Hidalgo nos proporciona son interesantes por los datos que nos da acerca de los conquistadores y de sus encomiendas, no lo son menos por cuanto en ellas se contiene en relación con los objetos votivos y, además y sobre todo, con los pueblos de los indios, los caciques, el número y jerarquía de éstos, sus relaciones mutuas y aun la organización y costumbres de los aborígenes. Las ofrendas mismas, por su parte, van a permitirnos vislumbrar cuáles eran sus manufacturas, sus tratos comerciales y su riqueza. Pero esto vamos a tratarlo en el próximo epígrafe.

Ahora vamos a interesarnos por sacar el mayor partido posible de los asientos del escribano y, para ir agotando todas las anotaciones, iremos citando por orden alfabético, como en los encomenderos, cada uno de los pueblos.

a) *Sus pueblos y caciques.*

El primero de los lugares es el de Amacá, no localizado. Esta encomienda pertenecía a un vecino de Tunja y estaba al mando de un cacique cristiano llamado Alonso, el cual presentó en la ciudad, adonde acudió en septiembre, llevado por el alguacil Gaspar Arias, 2 santillos de medio oro (que pesaron 2 pesos 4 tomines) y dos "hechuras de calabacillos de algodón".

Babanique es el segundo de los lugares, por el cual entregó a Arias 2 santillos y 2 pedacillos de oro que parecían cobre (5 p. 1 t.)⁷⁰.

El cacique y capitanes de Betéitiva fueron a Busbanzá cuando pasó por ella Hidalgo y le confesaron tener un santuario en el que guardaban 4 caracoles y 2 santillos de algodón, los cuales se quemaron, y entregaron al factor 2 hechurillas y algo de oro (3 p. 7 t.). Parece que el nombre primitivo del poblado era Betancin, el del cacique fundador, nombre que luégo se cambió por el que encontramos en el manuscrito⁷¹.

Bombazá, sin localizar, era el pueblo del que un capitán dijo haber entregado los santuarios del cacique al padre Mejía⁷².

Bonzo es otro lugar que no hemos localizado y cuyo cacique, junto con el capitán Monga y Huyahueype, dieron en su propio repartimiento los caracoles, ídolos de madera y de algodón que poseían, así como 5 santillos, de los cuales había 2 de oro (4 p. 5 t). Por la fecha y el recorrido del factor este lugar debía hallarse entre los de Sotaquirá y Paipa.

El pueblo de Boyacá estaba mandado por un mancebo y tres capitanes, que con copia de indios fueron a Tunja en septiembre. Ni los jefes ni sus sujetos eran cristianos y dijeron no poseer santuario alguno. Entregaron 4 ídolos de algodón y calabacillos. Afirmaron que eran de indios "antiguos", y como no llevaban los adornos de oro y piedras acostumbrados, el escribano hacía notar en el asiento que los indios se los debían de haber quitado, según lo hacía sospechar el hilo de algodón en que suelen ir envueltos, pues era raro que un pueblo de tanta gente como Boyacá y tan próximo a la ciudad fuera tan pobre en ofrendas. En vista de ello se hizo saber al mestizo de Par-tearroyo, con quien llegaron, que se harían las averiguaciones necesarias. Desgraciadamente no hay rastro de ellas, si se efec-

tuaron. Este pueblo había sido fundado en 1556 por el propio adelantado don Gonzalo.

Los indios de Busbanzá entregaron lo siguiente: Nemocate 1 tiradera pequeña de oro (2 p. 4 t.), Pedro Topía 2 santillos y 1 chagualilla de oro bajo (2 p.) y Sala lo mismo que el antedicho (2 p.), además de los consabidos caracoles y santillos de palo.

Ceranza tenía un cacique llamado Monquirá, bautizado con el nombre de Pedro, el cual entregó 8 santillos y 3 pedacitos de metal que parecía oro (15 p.). Este cacique tenía un capitán llamado Toben, dueño de 3 santillos y un poco de metal (13 p. 2 t.) y un pregonero que respondía por Cobandoya, que dio 5 santillos (9 p.), y otro capitán nombrado Coqueita, dueño de 6 santillos (9 p. 4 t.). Aparece con ellos un cacique de Cusaquirá, poseedor de 10 santillos (14 p. 6 t.) que debía estar sujeto a don Pedro. Luégo de hecha la presentación los sujetos de éste, dijeron que su principal tenía mucho santuario escondido, porque ellos le habían hecho algunas entregas pocos días antes y lo presentado era muy poco. Hidalgo prendió a don Pedro y lo amenazó duramente, pero ante sus negativas lo mandó soltar.

Chámeza, junto con Tibasosa, pertenecía a la encomienda de Holguín, y todos los indios reunidos entregaron en el segundo pueblo muchos caracoles y santos de madera, que se quemaron, con 28 santillos "que si es oro es muy bajo", dice Velázquez (37 p.).

Los de Chaine fueron llevados ante Hidalgo, por orden de doña Francisca Carvajal, por un indio ladino yanacona del Perú, que era lengua de la provincia. Su cacique se llamaba don Pedro, al que acompañaba su único capitán, y presentó 2 santillos de oro bajo (4 p.) y 4 bultos de algodón que tenían la forma de los calabacillos en que toman el hayo.

El de Cheva se había ausentado y por ello Arias llevó los santuarios de este pueblo a Tunja. Los componían 2 petaquillas blancas en las que había algunos cinchos o chumbes y coronas de caracoles, 1 santillo en forma de mariposa grande en metal negro, como cobre (4 p. 4 t.) y 2 pedacitos de ese mismo metal, junto con 13 tejuelitos de oro bajo (9 p.).

Los pueblos de Chipatá, Tópaga y Gótamo formaban una sola encomienda, y sus indios fueron a presentarse a Sogamoso. Allí Tibamose entregó 1 santillo y 3 caracoles, que se quemaron, y 4 santillos de oro (7 p. 2 t.). Este pueblo fue fundado en 1536.

Chíquisa era tributario del cacique de Tunja, y el cacique propio no tenía capitán alguno. Llevado por su encomendero presentó 6 santillos de oro bajo (13 p. 1 t.), 30 piedrecillas verdes a manera de esmeraldas y algunos tunjillos y calabazos de algodón. Dijo al factor que su amo le había dicho que entregara el santuario y él lo hacía de grado, no pensando ya más que en Dios.

Las pequeñas parcialidades se agrupaban a los indios de los pueblos cercanos, y así vemos que la de Chiribitá, cuyo capitán era Cheminiaquerá, bautizado con el nombre de Pedro, se presentaba con los de Icabuco y llevaba 3 santillos de oro bajo y un poco de batihoja que parecía oro (8 p. 4 t.).

Chivatá, de la corona, era una gran encomienda, según se desprende del número de capitanes que ayudaban al cacique don Juan. Este entregó 7 santillos de oro bajo (10 p. 4 t.) la primera vez que fue requerido y luego 6 más en tres veces diferentes (6 p. 1 t.). Su capitán Piragame dio 3 santillos de oro bajo (4. p.); el llamado Cuchisaque 5 santillos de oro bajo (5 p. 2 t.), 2 ídolos de algodón y 7 esmeraldillas de poco valor; el capitán Chucha tenía 2 santillos de la misma calidad de oro (2 p.), 2 ídolos y 6 esmeraldillas como las del precedente; Sobchica dio 2 santillos y 6 piedrecillas de la calidad citada (2 p. 3 t.); Aupate 2 santillos pequeños y 4 piedrecillas (1 p. 2 t.) y Cheamechica 4 santillos (3 p.) y 6 piedrecillas. En este pueblo había un indio cristiano que servía de pregonero y lengua al cacique, llamado Pedro, que entregó 1 santillo quebrado (1 p. 1 t.). Cuando Hidalgo lo visitó fue a los santuarios, en donde se quemaron los ídolos de palo y algodón que en ellos había. Antes de la conquista dependía Chivatá del zaque de Tunja ⁷³.

Cuando el cacique de Chúsmita era llevado a Tunja por Arias, huyó, pero el alguacil dio al factor su petaquilla blanca en la que iban encerrados algunos caracoles y 12 tejuelos de oro muy bajo (5 p.). Con este cacique huyeron varios indios de otros pueblos que el alguacil no recordaba al entregar las ofrendas.

En Ciénaga los indios no eran cristianos, según propia confesión del cacique y su capitán acompañante, los cuales entregaron 4 santillos de oro bajo (13 p. 4 t.), 13 piedrecillas como esmeraldas y 3 ídolos de algodón, el primero, y 2 santillos de oro bajo también, el segundo (7 p. 4 t.).

Entre los caciques que eran pobres y no tenían un capitán siquiera, encontramos al de Cochabita, que tampoco era cristiano, y presentaba 4 santillos de oro bajo (5 p. 2 t.), 10 piedrecitas verdes y 4 bultos de algodón como calabacillos.

Cómbita, por el contrario, era un repartimiento grande al que estaba sometido el de Suta. Su cacique se llamaba Pedro y tenía a su mando varios capitanes. Todos ellos tenían los santuarios en casas y bohíos que mostraron al factor y donde se quemaron los ídolos que guardaban, luégo de haberles quitado las esmeraldillas con que estaban adornados. Don Pedro dio, además del santuario, 2 santillos de oro (6 p. 2 t.); su capitán Tapencha 3 santillos (8 p. 3 t.); Sacaneme 2 santillos que parecían de oro (4 p. 6 t.), y don Luis 3 santillos y un tejuelo (7. p.). Cómbita dependía del zaque.

Cómeza, en el valle de Sogamoso, tenía un cacique del mismo nombre del lugar y le estaban sujetos dos capitanes, uno de los cuales no era cristiano. El cacique entregó 2 santillos, unas estampillas y un poco de oro (8 p.) y una petaquilla que contenía caracoles grandes y pequeños del santuario. Uno de los capitanes dio 2 tejuelos de medio oro y en una petaquilla blanca llevaba algunos caracoles, una chagualeja en forma de media luna y un topo (5 p.). El otro tenía 3 tejuelos pequeños de oro bajo (1 p.) y una petaquilla con caracoles grandes y chicos ⁷⁴.

Cucaita, dependiente de Tunja, había sido repartido entre dos encomenderos. El grupo más numeroso, al mando del cacique Deacusa, era de don Jerónimo y el del cacique don Alonso de Alvaro Suárez. El primero entregó sus santuarios al paso del factor Hidalgo en agosto, dándole el jefe 2 santillos de mal oro (3 p. 6 t.), su capitán Nequencha otros 2 (3 p.), el capitán Upaor lo mismo (2 p. 3 t.) y un indio llamado Pira 2 pedazos del mismo metal en forma de tiradera (1 p. 4 t.). Se quemaron sus 8 tunjos de algodón, en los que había puestas 12 piedras verdes. Don Alonso, que era cristiano, fue a la ciudad con Suárez para presentar 2 santillos pequeños de tan mal oro que parecía cobre (1 p. 2 t.) y 2 tunjos de algodón que tenían 6 esmeraldillas. Este cacique tenía como sujeto a un capitán llamado Juan, cristiano como él ⁷⁵.

Hidalgo pasó en julio por Cuítiva y no halló más que al franciscano doctrinero. Un mes más tarde el cacique Felipe acudió a Topía para entregarle, en compañía de su padre, el capitán

Gonzalo, y del capitán Catemexiac, 10 santillos y topos y un tejuelo que parecía de oro (11 p.). Entregó también los consabidos ídolos de algodón, caracoles, guacamayos, coronas y demás otras diademas de plumas y vestidos con los "que cantaban al diablo en sus santuarios". Por desgracia, también estas vestiduras se quemaron.

El cacique de Cumachoque, llamado Andrés, concurrió a Toca con su capitán, que no era cristiano. El primero entregó 1 santillo de oro (2 p. 1 t.) y su subordinado 2 tejuelicos de oro bajo (1 p.) y además 5 piedrecitas que estaban en los tunjos de algodón.

Al de Curimachá hubo que llevarlo forzado a Pesca para que presentara sus 2 santillos, que parecían de oro bajo (1 p. 4 t.), y su capitán, no cristiano, un tejuelo de oro bajo (1 p. 2. t.), en compañía de 3 ídolos de diferentes maneras, que se quemaron.

Hemos dicho, hablando de Cerinza, la concurrencia del cacique de Cusaquirá y su entrega.

Duitama era un gran centro indígena, cuyo cacique, Tundama, había presentado fuerte resistencia a los españoles. Baltasar Maldonado, padre del actual encomendero, lo afrentó de tal forma solicitándole sus tesoros que el cacique murió y le sucedió su sobrino, al que don Juan de Barrios bautizó con el nombre de Juan. Hidalgo comprobó que la esquividad continuaba en la sangre del sucesor, pues cuando iba caminando hacia el pueblo encontróse con don Juan, que se ausentaba y lo llevó consigo. Le explicó el motivo de su viaje y, visto que el cacique no cumplía lo ordenado, lo prendió. Entonces dio don Juan 3 chagualas que, aunque tenían el color del oro no lo eran, y 15 santillos y pedazos del codiciado metal (75 p.); su capitán, Cuspoca, entregó 3 caracoles y 4 santillos, que si eran de oro era muy malo (3 p. 6 t.); el capitán Tiria en su santuario mostró 4 santillos de la misma calidad de metal (2 p. 5 t.); el indio Covaría dio 3 piececillas de mal oro (3 p.); Tobene, 1 santillo (2 p. 4 t.), y Siatentibe, 2 poquitos de oro (5 t.); estos tres últimos llevados a pocos días por Maldonado en persona. Castellanos dice que don Juan tuvo tan mal fin como su tío, a causa del trato que le dio el doctor Cortés de Mesa ⁷⁶.

Ecusa era un repartimiento de la encomienda de Camacho, que formaba unidad con Timisa y Sátiva. Allí se reunieron los tres caciques con sus capitanes a la llamada de Hidalgo y le

entregaron, aparte de los tunjos y caracoles, 8 piezas de oro y 8 tejuelos, al parecer del mismo metal (23 p. 4 t.), con algunas esmeraldillas los primeros; 8 piezas, formadas por 2 chagualas y oro batido, que no lo era (16 p. 3 t.), los segundos; y 6 piezas (16 p. 2 t.) los de Sátiva. En los tres lugares se hace mención de la existencia de cacique y capitanes.

Antes de llegar a Firavitoba, estando en Sogamoso, recibió el factor de un indio ladino y cristiano llamado Juan, cuyo capitán estaba ausente, 8 piezas pequeñas y grandes de estaño, plata y oro bajo (8 p.), que sacaron de un pequeño bohío a donde los condujo. Al día siguiente, día 30 de julio, se personaron en el pueblo, y el cacique, que se nombra también como Firavitoba, y era cristiano, y tres de sus capitanes fueron a buscar sus santuarios a su poblado y trajeron: 1 tunjo de madera, 3 caracoles grandes blancos, en uno de los cuales había una mochila de red con algodones, del cacique; 3 caracoles envueltos en un pedazo de manta, del capitán Tobasía y 2 del capitán Quiria, pues el tercero de ellos no tenía nada. Entonces el factor ordenó que se fuera al pueblo de éste, llamado Otua, situado en un alto cercano, de cuyo santuario se sacaron: 1 tunjo de madera con 8 esmeraldillas pegadas a él, y un caracol grande blanco, todo envuelto en un pedazo de manta.

Otro lugar que no hemos localizado es el de Foacá, cuyo cacique Ochayama fue a Tunja con dos capitanes a su mando y entregó 4 santillos de oro bajo (5 p. 6 t.), 6 esmeraldillas y 4 ídolos de algodón.

Lo mismo decimos de Foratotibasisa, repartimiento por el que pasaba Hidalgo el 30 de julio a su regreso a Tunja desde Sogamoso y lo encontraba abandonado por los indios.

Gámeza pertenecía a dos encomenderos. Cuando Hidalgo pasó por Sotaquirá, de Yáñez, concurrieron también los encomendados al dicho en Gámeza, que pese a la distancia que los separa figuran como uno solo en el texto. Su cacique era Neachán, que presentaba 3 santillos de oro y 2 de cobre (4 p. 3 t.), y sus sujetos, el capitán Cupavaquén, 2 santillos de madera con dos sombrerillos y 2 santillos de oro muy malo (6 p. 6 t.); Siparia, un caracol que encerraba unos pedacitos de oro muy ruin (2 p. 4 t.), y Sica, cuyo santuario estaba en un bohío, 3 santillos de oro malo (6 p. 4 t.). Se quemaron muchos caracoles, ídolos de palo y algodón y se sacaron piedrecillas verdes que

llevaban como adorno. La parcialidad de Gámeza, encomendada a Juan de Avendaño, tenía un cacique llamado don Francisco, poseedor de 8 caracoles que se quemaron, y unos santillos de mal oro (16 p.); su capitán, don Diego, entregó 1 santillo, 1 chagualita y 1 tejuelo (5 p.); don Juan Guatavita, 1 santillo y 5 piezas de oro (4 p. 4 t.); don Pedro Cusba, 4 pedacitos de mal oro (2 p. 6 t.), y don Cristóbal, 2 santillos (2 p.). Los caracoles fueron quemados, según costumbre.

La parcialidad de Gótamo pertenecía a Chipatá, y con ella concurrió, como dijimos.

Guacha acudió a Cerinza al llamamiento del comisionado. Este pueblo tenía dos caciques: uno llamado don Diego, que entregó 3 caracoles grandes y muchos pequeños y 3 santillos (5 p. 2 t.), y el cacique Forgariga, que dio 3 piezas muy ruines (4 p. 4 t.). Con ellos iban don Juan, que entregó 2 santillos de mal oro (3 p.); Fovarica, dueño de 3 piezas (4 p.); Pabusua, con lo mismo (4 p.) y el capitán Guerra, que llevó 2 piezas (5 p.)⁷⁷.

Por el Sur llegó Hidalgo en su visita hasta Guachetá, mandado por un cacique y dos capitanes, uno de ellos no cristiano. Presentaron 4 santillos al parecer de oro fino (5 p.), 2 santillos de oro bajo (3 p. 6 t.) y 10 esmeraldillas y 2 santillos de oro bajo (4 p.), respectivamente⁷⁸. Este pueblo había sido fundado en 1536.

La primera visita hecha a Guáquira fue en vano, porque no estaban los indios, pero luégo el encomendero los llevó ante el oficial y el cacique entregó, además de 3 guacamayos y algunos caracoles, 10 santillos y 2 tejuelos de medio oro (9 p. 4 t.) y su capitán 1 tejuelo y 1 santillo del mismo metal (3 p. 1 t.)⁷⁹.

Icabuco, que suponemos corresponde a Arcabuco, uno de los cinco pueblos que estaban sujetos a Suárez, era comandado por el cacique don Gonzalo, que era cristiano, el cual llevó a Tunja dentro de un cataure y en la boca de un gato, todo envuelto en algodones, 16 santillos y otras hechuras y un tejuelo en forma de escudo, todo en oro fino (25 p. 7 t.).

El cacique de Icaga, cristiano, llamado Miguel, tenía un capitán que no lo era y cuyo nombre era Pacaría. Ambos fueron desde su pueblo, no identificado, hasta Tunja con 6 santillos de oro bajo (3 p. 4 t.), 3 tunjos de algodón y 4 esmeraldillas.

Los de Iguaque estaban sujetos a dos caciques, don Juan y don Martín, cada uno de los cuales tenía sus propios capitanes.

Don Juan entregó al padre Gaviria, para enviar a Tunja, 6 santillos (20 p.); su capitán Cuxica otros 6 (18 p. 4 t.); el llamado Pedro Comba 6 más (16 p. 3 t.), y Fuminian dio sólo 5 (13 p. 2 t.). Don Martín llevaba ante el doctrinero 6 santillos también (15 p. 4 t.); su capitán Quicagoche el mismo número (14 p. 4 t.); Siagoche otros tantos (16 p. 5 t.) y don Diego Cuparea 6 también (14 p. 6 t.).

Los indios de Iza estaban *amontados* cuando pasó Hidalgo por la encomienda, así es que en su segundo viaje los encontró y reprendió al cacique por su huída. El tal no era cristiano y tenía a su mando dos capitanes. Forzados a ello entregaron cada uno: 5 santillos, uno en forma de topo, que parecían de oro (6 p. 3 t.) y 3 santillos (5 p. 2 t.); y juntos dieron un santillo grande que parecía de oro (3 p. 6 t.) y 1 tejuelo que habían ofrecido al santuario (2 p. 4 t.).

Mongua, fundado en 1555, concurrió a Sogamoso cuando Hidalgo llegó allí por primera vez el 26 de julio de 1577. Su cacique, don Francisco, tenía cuatro capitanes por sujetos, pero tres de ellos andaban huídos del poblado, situado a unas cuatro leguas de Sogamoso. El tenía un santuario guardado por un indio viejo llamado Quirua o Cinebe, en el que se custodiaban 8 santillos grandes y chicos, al parecer de oro fino (22 p.), que hizo traer. Un mes más tarde, su capitán cristiano, Andrés, llegaba a Tunja, presentado por Castelblanco, para entregar en su nombre y el de sus tres compañeros antes ausentes 11 santillos y otras figuras de oro fino (23 p.), 1 tunjo de madera, 4 caracoles grandes y algunas coronas de estos mismos caracoles, grandes y pequeñas.

A unas dos leguas del aposento de Sogamoso, en pleno páramo, estaba situado el pueblo de Monguí. Su cacique, don Juan, concurrió con don Francisco Moniquirá, de Sogamoso, llevando dentro de un caracol 5 santillos como "el dedo de la mano desde el fin de la palma hasta el extremo del dedo", y declarando no tener santuario, ser cristiano y ejercer su autoridad sobre 150 indios. Este es el único caso en que se fija la cuantía de sujetos que había en la parcialidad.

Los pueblos importantes y poblados solían estar en manos de varios encomenderos. Este era el caso de Moniquirá. Hidalgo pasó por allí a principios de agosto y reunió a los indios de Roperó, mandados por un cacique y tres capitanes. El cacique,

llamado don Pedro, tenía un bohío del que se sacaron 5 santillos de oro bajo (6 p. 1 t.) y 4 tunjos de algodón adornados con piedrecillas verdes; su capitán, Francisco, tenía también el suyo, en el que una mucurita encerraba 2 santillos y otros que dio el santero (9 p. 3 t.); el capitán Barbote entregó 4 santillos de medio oro (9 p.) y 3 tunjos de hilo de algodón; y el capitán Martín y su hijo 3 santillos de oro bajo (4 p.) y 4 tunjos de algodón con piedrecillas, que se quemaron junto con los santuarios y tunjos de los otros jefes.

El cacique Choma, no cristiano, y su capitán, fueron llevados por Juan de Chinchilla a Tunja desde Monquirá, donde declararon ser pobres y pocos y no dieron más que 3 santillos pequeños de oro bajo (1 p. 2 t.) y 4 esmeraldillas. Se ve claramente que era mayor el grupo de don Pedro.

Motavita era otro gran pueblo y cupo en el reparto a tres personas, como ya dijimos, cuyos repartimientos visitó el factor a principios de agosto. En la encomienda de Villanueva, en la que no se hallaban ni el dueño ni el doctrinero, el cacique Iracusa dio su santuario de 2 figuras de oro (4 p. 1 t.) y 1 santillo con el que había huído un indio, siendo recuperado (1 p. 6 t.). Su capitán Nequencha dio 2 figuras de oro (3 p. 1 t.), el nombrado Umpaca 2 santillos (2 p. 7 t.) y el indio Pira 2 figurillas (2 p. 7 t.).

El repartimiento del Adelantado también estaba solo y el cacique Eusaria les mostró sus santuarios, que se quemaron, y se sacó de ellos 3 santillos (4 p. 8 t.) suyos y 4 santillos (9 p.) del capitán Suta y el santero, junto a algunas esmeraldillas de ningún valor.

En tercer lugar pasó por Motavita de Salazar, más rico que los anteriores. El cacique Sipavaquén tenía en su santuario 2 tunjos de hilo y 2 santillos de oro muy bajo (5 p.); el capitán Umbachán superaba a su jefe, pues en los mismos objetos no se dice que el oro fuera bajo (10 p. 4 t.); Chuquene daba lo mismo (9 p. 2 t.); Pacaroque también dos parejas (7 p. 4 t.); Paraquiva una pareja (4 p.); Yasequipa una sola, como él (1 p. 4 t.), e Icatova lo mismo (1 p. 3 t.)⁸⁰.

Los de Neacachá eran pocos y pobres, según confesaba su cacique Cusatoque, bautizado con el nombre de Pedro. Presentó 4 santillos que parecían de oro bajo (4 p. 1 t.), 2 tunjos de

algodón y 4 esmeraldillas. Su único capitán sólo tenía 2 tunjos de algodón.

Nemusá, con Oicatá, formaba un gran repartimiento que poseía Miguel Ruiz. Concurrieron todos a Oicatá cuando por allí pasó Hidalgo y entregaron muchas ofrendas. No aparece más cacique que don Diego, del segundo poblado, lo que hace pensar que Nemusá le estaba sujeto y no tenía más que capitanes, que sí aparecen. Eran éstos Nemequeca, que dio 3 santillos al parecer de oro (7 p. 6 t.) ; Chocha, 2 santillos (4 p. 4 t.), y Diosocha, 4 santillos de mal oro (4 p. 6 t.).

También Ochanova estaba unida a otros grupos en manos del capitán Suárez, dependientes de Icabuco, y su capitán Agobaque, que no era cristiano, entregó 2 santillos de oro bajo (4 p.).

Oicatá, acabada de citar junto a Nemusá, estaba a las órdenes de don Diego, que no presentó más que 3 santillos (3 p.). Su capitán, Pataca, dio 2 santillos (2 p. 4 t.) y 2 tunjos de algodón; el llamado Suasaque, ahora don Pedro, 1 santillo (1 p. 4 t.) ; su pregonero Sipasuke lo mismo (2 p. 7 t.) ; un indio Huyatamuga 2 santillos, el uno de oro (2 p. 6 t.), y 2 tunjos con esmeraldillas; el indio Iragamez 2 santillos de palo y 1 de oro (1 p. 4 t.) ; su compañero Neusoysicha 2 medios santillos de oro (1 p. 7 t.) y 2 de algodón; Quecalea, cuyo bohío indicó Ruiz, 3 santillos y 2 pedacitos de oro (8 p. 3 t.), y Pedro Chiauchoque 2 santillos que eran más cobre que oro (2 p. 3 t.) y 2 tunjos de algodón. Muchos de ellos se quemaron, además, en los santuarios.

Don Alonso, cacique de Pachequirá, que era cristiano, llevó 1 santillo de oro muy bajo (4 p.) y 4 ídolos de algodón ⁸¹.

El de Pagasía, llamado Convai, que no era cristiano, llevó 4 santillos de oro bajo (4 p.) y 2 ídolos de algodón que llevaban dos calabacillos para el hayo, los mismos que ellos emplean.

Paipa o Paipilla, con sus agregados Soconsuca y Saquen-cipá, estaban encomendados a Cifuentes. El cacique era don Francisco, el cual con sus principales, Saya, Tobasca, Subita y Noysa, dio 7 santillos de muy mal oro (14 p. 3 t.), amén de los caracoles e ídolos de palo.

Al pasar por Pesca, el 22 de agosto, el cacique Anincha le dio 2 santillos que parecían de oro (5 p. 2 t.) ; un capitán entregó para quemar 2 ídolos y 2 guacamayos para asentar un tejuelo dado al santuario (2 p. 4 t.), pues los otros dos que pre-

sentó no eran ofrendas y se le devolvieron, y otro capitán 2 tejuelillos de oro bajo (1 p. 2 t.).

Los capitanes de Sáchica, cuyo cacique andaba ausente, fueron a Tunja presididos por Pirachá, sobrino de aquél, el cual no era cristiano. Presentó varios santillos de diversas formas de un metal semejante al cobre (35 p.), 60 piedrecillas de esmeraldas y 2 ídolos de algodón. El capitán Suta, que como sus vecinos no era cristiano, llevaba 8 santillos de cobre o de oro encobrado (31 p.) y 100 esmeraldillas chicas; su igual Sisatama tenía 13 santillos semejantes a los de Pirachá (26 p. 2 t.), y el tercero, Sisatoque, dio 3 o 4 ídolos de algodón con 20 piedrecillas.

La encomienda real de Samacá estaba al mando del cacique don Juan, el cual llevó a Tunja a fines de agosto 4 santillos de oro bajo, metidos en una olleta y envueltos en algodones (8 p. 4 t.), 20 esmeraldillas y 4 ídolos de algodón. Este pueblo, como también Sáchica, eran dependientes del zaque antes de la conquista.

Saquencipá, citado al hablar de Paipa, tenía un cacique al que ayudaban los siguientes capitanes: Sana, Cuqueyta, Babuga, Combasuta y Paisa. Su tesoro consistía en 14 santillos de muy mal oro (20 p.). A continuación se cita a Saumirque y a Huyaguén, que dieron 2 pedazos de oro (1 p. 5 t.).

En Sasa, parte del actual Municipio de Gámeza, existía un cacique y otro principal llamado Pachequirá. Estos presentaron en Tunja a fines de agosto 4 santillos de oro bajo (7 p. 6 t.), 20 piedrecillas verdes, un capirote de plumas y 4 ídolos de algodón. Un capitán que los acompañaba llevó 3 santillos de oro bajo (4 p. 6 t.) con 3 ídolos de algodón y algunos caracoles.

El repartimiento de Sátiva, citado en la encomienda de Camacho, aparece como gobernado por un cacique y sus capitanes, que no se detallan. Entregaron, a su tiempo, 6 piezas (16 p. 2 t.).

El pueblo de Siachoque, fundado en 1564 por fray Jerónimo de Peralta, contaba con el cacique Domingo y dos capitanes que no eran cristianos. Don Domingo entregó 4 santillos de oro bajo (4 p. 2 t.), un capitán 2 santillos del mismo metal (2 p. 7 t.) y el otro 2 pedacitos en forma de tiraderas (2 p. 6 t.) y 8 piedras de escaso valor.

Antes de llegar Hidalgo a este pueblo, pasó por el de Siachoca, que era de Martín de Rojas, y cuyo cacique le dio un tejuelo de oro bajo (1 p.), y algunos anillos con 5 piedrecitas de esmeraldas. Un capitán, que no era cristiano, le hizo el mismo presente, sin los anillos. Días más tarde se presentaba un capitán Quecancha, dicho de Chichaca (que suponemos otra forma del topónimo), llevando un idolito de oro muy bajo (6 t.).

Soconsuca, relacionado con Paipa, tenía un cacique y dos principales que entregaron 6 santillos, uno de paila y 5 al parecer de oro bajo (10 p.).

Encontramos un cacique en Soacá⁸² propietario de 3 santillos de oro bajo (4 p.) y jefe del capitán Alonso, dueño de un tejuelo y un pajarillo al parecer de oro (3 p. 4 t.), de otro capitán que daba 2 santillos de oro bajo (1 p. 4 t.) y el indio Topanto, portador de un pedazo de águila que parecía de oro también (1 p. 4 t.).

Soatá, fundada en 1542 y habitada por chibchas y caribes dependientes de Tundama, tenía un cacique llamado Juan y dos capitanes. Don Juan llevó a Tunja en 27 de agosto 3 santillos de oro bajo (2 p. 2 t.), 2 ídolos de algodón y 2 calabacillos para hayo de la misma materia; uno de los capitanes tenía los mismos santillos e ídolos que el cacique (2 p. 26 t.), y el otro contaba con 2 santillos (1 p. 4 t.) y 2 calabazos.

Los de Socotá no fueron ante el factor, pero Arias llevó a Tunja una petaca blanca en la que se guardaban caracoles blancos grandes y pequeños, coronas de los segundos y las estampillas de un collarejo, 1 santillo grande y 14 tejuelos de oro bajo (22 p.).

Y llegamos en esta relación alfabética a la población más importante del Norte de la provincia, Sogamoso. El valor de los santuarios que esta ciudad encerraba quedan reseñados ampliamente por los cronistas, que cuentan cómo desapareció el edificio presa de las llamas⁸³. Pese al incendio y a las posteriores requisas que se hicieron en la provincia, aún pudo Hidalgo recoger bastantes ofrendas, y de su visita se obtienen muchas noticias sobre esta población aborígen. El cacique principal de ella se llamaba don Juan, el cual el día 25, como vimos, entregó sus santuarios al factor. Uno de sus capitanes, don Francisco Monquirá, iba al día siguiente por los suyos situados como a media legua del aposento, pero dijo que no tenía oro por haberlo tenido que fundir y entregarlo al difunto cacique don Alonso,

porque el tal lo quería matar por decir que se había acostado con una de sus mujeres. Pese a ello, dio a Hidalgo 1 santillo en forma de persona y 1 pieza en forma de mucurita (9 p.). Felipe Tobacá, otro de los capitanes, ascendido hacía poco de su categoría de principal, entregó un tunjuelo fundido, 8 piezas grandes y pequeñas que estaban envueltas en algodones y 1 diadema (todo pesó 11 p. 2 t.). Don Diego Topantebé los llevó a un bohío cercano en el que tenía una mochila vieja y una mucurita, dentro de la cual había guardados, entre algodones, como es costumbre, 5 piezas grandes y chicas de un metal que no se distinguía si era oro o plata (8 p. 2 t.), entre las que se hallaba una mariposa, un águila y un caracol blanco. El capitán Pontiba, ahora don Alonso, regresó de su bohío con unos santillos de estaño o a manera de plata (7 p.) que traía envueltos en algodones y metidos en una mucurita dentro de una mochila vieja, tejida y pintada. El capitán Quinrúa también llevó lo suyo, que era un mondadientes de oro metido en un caracol grande blanco y otro pequeño que parecía de oro (7 p. 6 t.). Un indio llamado Triy dio 3 piedrecitas de diversas hechuras de oro bajo (1 p. 7 t.) y 1 chagualito y santillo que no se pesaron por ser de paila. Don Juan, el cacique, sacó de su santuario 21 santillos pequeños y 1 grande de oro fino (42 p.), luego en una mochila envuelta entre algodones había una totuma (46 p.) 3 patenas (13 p.), 25 santillos chicos de oro (16 p.) y chafalonía. Puede verse que sus ofrendas eran importantes. Días después comparecían Monquirá y el cacique de Monguí para entregar 3 piezas de diferentes hechuras de oro bajo (3 p. 3 t.), y unas a manera de vendas de chafalonía que tenían por la cabeza un tunjo de palo, que no se pesaron por ser, como las de Triy, de paila. Sogamoso tenía también como indios a Trien, Tutasá, Sabotá y Firavitoba, y su santero era Combi.

A todos estos presentes hay que unir la colección de caracoles, ídolos de madera y algodón, mochilas y pedazos de manta que guardaban en los bohíos y que fueron quemados luego de misa mayor ante los indios y fray Francisco Cerón.

Por el contrario, Somondoco tenía sólo al cacique don Miguel, cristiano, que carecía de capitán y cuyos indios eran pocos. Se decía muy pobre y presentó 4 santillos de medio oro (2 p. 5 t.) y 2 ídolos de algodón.

Sora era un poblado dependiente de Tunja, fundado en 1571. Su cacique, don Felipe, era cristiano y lo mismo sus capitanes, don Diego y don Jerónimo. El primero entregó 6 santillos de oro bajo (8 p. 4 t.) y 4 tunjos de algodón; el segundo lo mismo (7 p. 6 t.), y el tercero 4 santillos (3 p.) y 4 tunjos, pues dijeron a Hidalgo que no querían tener más santuarios.

Soracá había sido fundada en 1556 por fray Juan de Montemayor y contaba en 1577 con el cacique don Francisco y tres capitanes no cristianos. El jefe entregó 8 santillos de oro bajo (8 p. 6 t.) y dijo que el doctrinero, con el que llegaba, tenía 16 santillos (11 p. 2 t.) que le había dado ya y que presentó. Uno de sus capitanes llevaba 3 santillos de oro bajo y otro que no parecía de este metal (4 p.) y 2 tunjos de algodón; otro, 4 santillos de oro bajo "muy bajo" y los mismos ídolos, y el tercero tres parejas de santillos y de ídolos (2 p. 7 t.).

De los indios de Sotaquirá, enlazados con los de Gámeza en el repartimiento de Yáñez, no sabemos cuál fuera su cacique, pues no se hace distinción entre ellos, ni hay título que los defina y sólo nos imaginamos que tal vez fuera don Francisco Sotaquirá, por apellidarse con el topónimo, si bien está apuntado en tercer lugar en el asiento. Concurrieron a la entrega en 12 de agosto don Juan Caxicá, que dio 3 santillos de oro (8 p. 7 t.); don Pedro Ocavita, dueño de 6 santillos y 1 patenilla (6 p. 2 t.); el citado don Francisco, con 3 patenillas, 1 santillo y 1 pedazo de oro (5 p. 4 t.), y un indio llamado Peranchique, que llevó 1 santillo, 1 patenilla y varios pedacitos de oro (10 p. 2 t.).

Los de Subativá estaban sujetos a dos capitanes, que dependían a su vez de Icabuca. Uno era Cuchariga, no cristiano, que dio 13 piezas de oro bajo, 1 tejuelito, 1 ídolo de algodón y 1 petaquilla, y el otro, Periga, ahora don Pedro, llegó provisto de 2 piezas de forma de santillos de oro muy bajo (5 p. 2 t.) y 1 ídolo de algodón.

Suta, fundada en 1556, comprendía un repartimiento y dos encomiendas. El primero estaba a las órdenes de otros dos capitanes: Pacasiche y Pacarique. Entregaron, respectivamente, 2 tunjuelos de algodón, en el pecho de uno de los cuales había un tejuelo que parecía de bronce (2 p.), y 2 tunjos de algodón y 2 santillos de oro muy bajo, si lo era (2 p. 7 t.). La encomienda de Santana tenía como cacique al cristiano don Juan y

éste, a su vez, mandaba a tres capitanes. El cacique presentó en una olla gran cantidad de santillos, tejuelos, batihoja, chafalonía (41 p. 4 t.), de los cuales uno era de oro fino, otros de bajo y otros de negro y encobrado y partido. El escribano apuntaba que los tales indios debían sacarlo de minas que no querían manifestar a los españoles. Dio también 200 piedrecillas verdes y blanquecinas, de escaso valor. Su capitán, Ontiva, que no era cristiano, llevó en una olla tejuelos de oro bajo, unos enteros y otros quebrados (18 p. 6 t.) y 20 piedrecillas. El capitán Orentiva presentó por sí y por un tercero, que no había ido con ellos a Tunja, unos tejuelos de oro bajo, santillos de diferentes hechuras y aleaciones y un poco de chafalonía (16 p. 4 t.) y 100 piedrecitas como esmeraldas. De la encomienda de Rincón nada sabemos, pues fue Arias el que presentó al factor 3 santillos y 2 pedacitos de metal (5 p. 6 t.) que no dijo de quien procedían.

El cacique y capitanes de Timisa, encomendados a Camacho, entregaron 8 piezas de metal que no era oro, entre ellas 2 chagualas y oro batido (16 p. 3 t.).

Tibasosa iba unida a Chámeza, y con ella la nombramos poco antes.

Tobatioc era una parcialidad dependiente de Duitama, cuyo principal, Tobe, enseñó su santuario y entregó 2 caracoles y 2 santillos de mal oro (1 p. 4 t.), un indio llamado Tibamoseabiti dijo que el suyo era un caracol y en él un poquito de oro (2 t.) y Fapgora dio 2 santillos de mal oro (1 p. 6 t.)⁸⁴.

Tibaná tenía un cacique llamado don Rodrigo, sujeto a Icabuco y el segundo de la encomienda, que presentó 8 santillos de diferentes oros y formas (21 p.) y unas petaquillas. Su capitán, cristiano, Aoma, llamado ahora Lorenzo, llevó consigo 3 santillos de medio oro (5 p. 2 t.).

Al pasar Hidalgo, a mediados de agosto, por Tobasía, en el actual Municipio de Floresta, el cacique Sebastián y sus dos capitanes le mostraron su santuario y le entregaron 15 piezas que parecían de oro (21 p. 2 t.).

Los de Tobón, comprendido en el actual Municipio de Busbanzá, concurrieron con éste, con su cacique Francisco y el capitán Guampirá, llevando uno 2 chagualillas y un poco de oro (3 p.), y el otro 2 tejuelos y oro bajo (5 p. 6 t.), con caracoles y un santillo de palo.

tados por abajo (2 p. 3 t.), 2 bultos de algodón y 2 esmeraldillas⁸⁶.

El repartimiento de Tuta, a juzgar por sus jefes, era de importancia. Primero aseguraron no tener santuarios, pero visto que Hidalgo se los llevaba consigo a Suta, le entregaron lo siguiente: el cacique don Juan 2 santillos de muy mal oro (4 p. 4 t.); el capitán Alonso lo mismo (1 p.); el capitán don Pedro otros tantos (1 p. 2 t.); el llamado Canadia otros 2, pero que sí parecían oro (6 t.); don Diego, 2 santillos (2 p. 6 t.); el capitán Martín muchos caracoles y 2 santillos, uno de mal oro (2 p. 1 t.) y el capitán don Diego 1 de muy mal oro (9 p.), dando luégo entre todos muchos caracoles, ídolos de algodón y 4 santillos (5 p. 2 t.).

A los de Tutasá los llamaron para que fueran a Busbanzá a presentarse y acudieron con su cacique Tutasacosga, el cual dio 2 santillos y 1 bordoncillo, al parecer de oro (8 p. 3 t.) el indio Parva, dueño de 4 santillos de mal oro y 1 bueno (6 p.), y Chíquisa entregó un santillo y un poco de oro (1 p. 6 t.).

El último de los pueblos es el de Viracachá, del cual contamos ya el incidente del cacique don Pedro, cristiano, con su encomendero y el careo a que fue sometido. Al llegar entregó 4 santillos que parecían de oro fino (7 p. 2 t.) y declaró que luégo del encierro en la despensa había dado a su amo 7 santillos, 2 chagualejas y 1 tejuelo de oro junto a 5 ídolos de algodón sin esmeraldillas. Al retractarse los indios de esta declaración, Hidalgo les mandó buscar lo que faltase por entregar, pero no hay rastro en el expediente de que volvieran a completar su entrega.

De estas 84 agrupaciones indígenas no todas tenían la misma importancia ni contaban con una población parecida. Prueba de ello es que algunos topónimos han desaparecido a través de los siglos, y otros sólo perduran en denominaciones netamente geográficas sin hacer referencia ya a las antiguas gentes que en la zona moraron. Como sólo tenemos una indicación censal, la de Monguí, no podemos hacer cálculos sobre el monto de indios que correspondería a cada uno de los pueblos, pero sí, al hablar de su organización y con la nota de sus jefes, puede darse un panorama general de la distinta categoría de los mismos⁸⁷.

Toca era la encomienda de Gonzalo Ruiz, en donde se hizo el primer anuncio de la visita, pero no hay mención de la concurrencia de los indios de este lugar. Sí la hay, en cambio, de los del repartimiento de Martín de Rojas durante el segundo viaje de Hidalgo, a mediados de agosto. Se componía el grupo del cacique Juan, poseedor de 2 santillos, a cada uno de los cuales le faltaba un pedazo (7 p.), y sus cinco capitanes. De ellos Piracuca, que no era cristiano, entregó 2 santillos de oro bajo (1 p. 2 t.) y 10 piedras verdes de los tunjos; otro, que también era idólatra, poseía 2 tunjos de algodón, guacamayos y plumas, 2 santillos y 1 topo chico de oro bajo (2 p. 3 t.); don Pedro dio 3 santillos de oro bajo (3 p.) y 2 tunjos de madera; Quisa, no cristiano, 2 santillos de oro bajo (1 p. 2 t.) y 2 ídolos de algodón, y Ba llevó 2 santillos y una pieza a manera de mondadientes, en oro bajo (2 p. 2 t.)⁸⁵.

El mismo día pasó el factor por el pueblo de Tocabita, donde el cacique don Pedro le dio 4 santillos de medio oro (5 p. 7 t.) y un capitán a él sujeto 4 santillos de oro fino (6 p. 4 t.) y 10 piedrecitas de esmeraldas.

Tópaga, vecino de Chipatá y Gótamo, tenía un capitán que presentó 2 santillos de mal oro (3 p.).

Los de Topía fueron con los de Cúitiva y llevaron 2 tejuelitos de oro bajo y 1 santico pequeño que no valían un tomín y, al aclarar que no los tenían en el santuario sino para comprar algodón, se los devolvieron. Don Rodrigo, el cacique, era cristiano y tenía a los capitanes Quirugúa y Patagora a su mando.

El pueblo de Tota, dependiente de Sogamoso, había sido fundado el año anterior a la visita, y su presentación de santuario fue muy tardía y ante la Audiencia, pues el 20 de octubre comparecía su cacique don Diego en Santa Fe para entregar 7 piececillas de oro que más parecía plata (17 p.), las cuales traía envueltas en una manta de algodón adornada con plumas.

A Turga llegó Hidalgo el mismo día que visitaba la cabecera del Municipio, Siachoque, y su cacique Apaque, no cristiano, le entregó 4 santillos que estaban un poco cortados por la parte baja (5 p.), 30 esmeradillas y 3 ídolos de algodón y guacamayos; uno de sus dos capitanes, ambos idólatras como el jefe, le dio 2 santillos de oro fino (2 p.) y 2 bultos de algodón a manera de pellas con plumas; el otro, 2 santillos de oro fino cor-

b) *Su organización.*

Empezaremos a catalogar los poblados iniciando la lista con los más pequeños y los que, por confesión de los propios caciques, tenían pocos indios y se consideraban pobres. Entre éstos aparecen los de Cochabita, Chíquisa, Moniquirá de Chinchilla, Neacachá y Somondoco. Todos ellos, menos el 3º y el 4º, carecían de capitán que los secundara y se quejaban de su escasa riqueza ⁸⁸.

Los caciques que tenían bajo su mando un capitán, además de los ya citados de Neacachá y Moniquirá, eran los siguientes: los de los repartimientos de Motavita de Salazar y del Adelantado, los de Tobón, Guáquira, Ciénaga, Chaine, Cucaita, Cumachoque, Curimachá, Bombasá, Ícaga, Sasa, Tocabita, Gámeza y Pesca.

Superiores debían ser los pueblos de Cerinza, Cómeza, Cucaita de Carvajal, Cuítiva, Duitama, Foacá, Guachetá, Iza, Motavita de Villanueva, Oicatá, Siachoque, Sichoca, Soacá, Soatá, Socunsuma, Sora, Tobasía, Topía y Turga, cuyos caciques mandaban a dos capitanes.

A medida que aumenta el número de jefes disminuye, consiguientemente, el de los pueblos. Sólo encontramos ocho que tuvieran tres capitanes bajo las órdenes del cacique, que son los de Boyacá, Cómbita, Firavitoba, Iguaque, Moniquirá, Sáchica, Soracá y Suta.

De cuatro capitanes podemos enumerar los pueblos de Guacha, Mongua y Sogamoso.

Dos parejas de pueblos quedan con cinco y seis capitanes, entre los primeros Saquencipá y Toca, de los segundos Chivatá y Tuta.

Toda esta clasificación está sujeta a cambios, como consecuencia de los resultados de futuros trabajos que ahonden en los expedientes del Archivo Nacional relativos a temas indígenas, pero consideramos que es ésta una primera guía útil, mientras la ampliación llega, para dar una idea de la situación de los naturales a los cuarenta años de la llegada de los españoles. Por otro lado, las modificaciones serán más bien para concretar estas noticias o facilitar algunas correcciones, pues es de creer que los caciques hicieron comparecer con ellos a sus ayudantes, no sólo por obedecer el mandato de los oficiales reales, sino también para evitarse las complicaciones que pudieran surgir ante

las declaraciones de los propios encomenderos o de sus vecinos indígenas, en caso de fraude en las ofrendas o en las personas.

Pasando de esta mención numérica a la forma de obtener el cacicazgo y la jerarquía entre las parcialidades, las noticias que nos proporciona el manuscrito de la visita de Hidalgo nos ponen ante la vista una sociedad organizada por línea femenina en lo relativo a la sucesión en el mando. El cacique de Duitama, Don Juan, era sobrino del jefe que había presentado batalla a los conquistadores, y Piracha, sobrino del cacique de Sáchica, era el que comparecía ante el factor por su tío, que andaba ausente del poblado.

Castellanos cuenta que el cacique de Sogamoso, el centro principal de la región norteña, se nombraba alternativamente entre los caciques de Tobacá y Firavitoba por votación de los de Busbanzá, Gámeza, Toca y Pesca, y que en caso de disensiones intervenía el cacique de Duitama⁸⁹. Al llegar los españoles ostentaba el cacicazgo Sugamuxi, sobrino del cacique de Tobacá, al que se bautizó con el nombre de don Alonso. El cronista lo conoció bien y pondera mucho sus "términos caballerosos", siendo el mismo cacique que había muerto poco antes de la visita de Hidalgo. De él cuenta una anécdota relacionada con la viuda de un amigo suyo a la que donosamente ofrecía su ayuda y protección y que nos ha hecho pensar en si tendría alguna relación con la multa en oro que hizo pagar al capitán Monquirá, citada en su lugar⁹⁰.

El cacicazgo, por otro lado, debía estar relacionado con los hijos de los principales y lo mismo las capitánías, pues don Felipe Tobacá, que lo era en el mismo Sogamoso, confesaba que había sido nombrado capitán hacía poco, y el cacique de Cuítiva, don Felipe, tenía por padre a uno de los capitanes del mismo lugar, llamado don Gonzalo.

Se presentan dos ejemplos de pueblos que estaban regidos por dos caciques, el de Guacha y el de Iguaque, y en el segundo a cada uno de ellos lo seguían sus tres capitanes respectivos en la entrega de los santuarios.

Como todos los caciques no tenían el mismo poder y muchas parcialidades eran pequeñas y débiles, se establecía un sistema de dependencias entre ellos. Así, por ejemplo, Nemusá no tenía cacique y sus dos capitanes se presentaban acompañando al cacique de Oicatá. Lo que no se aclara es si la dependencia de

unos a otros tenía como base el vínculo tribal o era consecuencia de haber sido repartidos los indios al mismo encomendero. Algo semejante ocurre con los indios de Suta, cuyos capitanes iban juntos con los del cacique de Cómbita, sin que se nombre al propio; con los de Tibatioc, que se hacían solidarios del cacique de Duitama; con los de Paipa y su vecinos; con los de Chipatá y los suyos y, por fin, en el caso de los de Icabuco el hecho de que se diga que Rodrigo Tiumá estaba sujeto al pueblo principal y que era el segundo de la encomienda, parece indicar que había entre estas parcialidades cierta jerarquía dentro del ámbito propio de sus relaciones con el poblador al que habían sido encomendados.

El cacique, además de los capitanes que le asistían en sus funciones, contaba con un pregonero, como en el caso de los de Oicatá y Cerinza, que podía además reunir la facultad de ser al mismo tiempo ladino, como el de Chivatá, y servir de intérprete a su superior.

Es en estos pueblos más importantes en donde hay mayor variedad de cargos o tipos sociales, pues el citado cacique de Oicatá tenía a Huyatamuga como *su* indio.

Muchas veces acompañaban al cacique otros sujetos cuya condición no se especifica, pero el hecho de que a los bautizados se les antepusiera el tratamiento de *don* y el de que el monto en pesos de sus ofrendas fuera alto, hace sospechar que los tales eran individuos principales en el pueblo ⁹¹.

c) *Su trabajo y riqueza.*

Los indios encomendados tenían la obligación de prestar ciertos servicios o ayuda a su amo, como lo atestiguan los de Otarola al no comparecer ante el factor porque estaban reuniendo la demora, y además trabajaban en obras de su propio beneficio o comunales, como la emprendida por estos mismos al sacar y preparar la madera con la que iban a construir su iglesia ⁹².

Cuando lo hacían para sí, se ocupaban en sus rozas y sementeras, en tejer mantas, fundir metales o traficar con sus manufacturas para obtener materias primas. Hay que tener en cuenta que Boyacá, tierra fría, no producía algodón, material para las mantas que habían dado a los naturales su fama de tejedores y que, por otro lado, el oro procedía de la zona del río Magdalena, de Mariquita y Neiva. Es decir, que ellos, ma-

nufactureros, tenían establecida su industria a base de productos que debían buscar fuera de su territorio. Las esmeraldas, procedentes de Muzo y Somondoco, no las encontramos en sus cristales preciosos sino en las piedrecillas menudas y verdosas con que adornaban sus ídolos de algodón.

Eran excelentes artífices del oro, y entre ellos los de Guatavita gozaban de renombre general⁹³, ya que sus obras presentan variada serie de aleaciones. La clasificación dada en los asientos de la visita y las ofrendas nos proporciona un panorama de la orfebrería y de la distribución de las mezclas. Lo que se advierte primero es que el oro bajo, el mal oro, era el más empleado y aparecía en casi todas las colecciones de exvotos, pues 45 de los santuarios tenían piezas de esta aleación. Muchos santillos estaban fabricados en esta mezcla y casi todas las chagualas quedaban reseñadas por Velásquez con la frase "al parecer de oro" o "aunque de color de oro no lo son". El oro fino era raro y se hallaba en piezas pequeñas⁹⁴. En cuanto al medio oro, designación vaga que parece corresponder al término medio entre los dos grupos antes citados, no es muy abundante en las ofrendas⁹⁵. Descendiendo en riqueza aurífera, encontramos las hechuras que eran "más cobre que oro"⁹⁶, y por fin las de pura paila y cobre, que ni siquiera se pesaban para su tasa⁹⁷. Hay también piezas que por su coloración pusieron en duda al tasador de si eran de oro o plata, e incluso cita éste el estaño, como en los santillos de Topantebé, las piezas de Juan de Firavitoba y las llevadas a Santa Fe por don Diego de Tota.

Junto a los orfebres hay que colocar a los tejedores. En dos ocasiones se menciona el uso del oro, no ritual, para la compra de algodón con que confeccionar sus mantas. Estas eran base de su riqueza, pues no sólo las utilizaban para su vestido sino que las vendían a otros indios y las cambiaban de nuevo por algodón, obteniendo un pingüe beneficio⁹⁸. Luégo de la conquista, incluso los españoles se vestían con estos tejidos, haciendo con ellos sayos y capas⁹⁹. Sus mantas tenían dos calidades: las buenas, grandes y bien tejidas, y las chingomanales, pequeñas y mal tejidas y torcidas, y que valían la tercera parte de las primeras. Las halladas en los adoratorios envolviendo las ofrendas eran de las buenas, pintadas y coloreadas, y las más ricas incluso tenían plumería en su trama, como las del cacique de Tota, ya citado.

Además fabricaban cerámica, cestería y utensilios de fibra, que conocemos por haberlos hallado como recipientes votivos en forma de mucuritas, petaquillas y mochilas, algunas tejidas y además pintadas, como la del capitán Pontiba.

Por la cuantía de las ofrendas podemos agrupar estos pueblos de Tunja en diversas categorías, según fuera el monto en pesos de oro. Los más pobres eran aquellos que no tenían en sus santuarios ofrendas que alcanzaran a valer diez pesos, entre los que se encontraban los indios de Amacá, Betéitiva, Bonzo, Busbanzá, Chámeza, Chivatá, Cochabita, Cumachoque, Curimachá, Firavitoba, Foacá, Ícaga, Neachacá, Ochanova, Oicatá, Samacá, Siachoque, Sichocá, Soatá, Somondoco, Tibatioc, Tobón, Turga y Viracachá. A los que presentaron santillos valorados entre los 10 y 20 pesos pertenecen los pueblos de Cheva, Chipatá, Cómeza, Cucaita, Cuítiva, Cusaquirá, Guachetá, Guáquira, Iza, Nemusá, Paipa, Pesca, Saquencipá, Sasa, Sátiva, Sora, Timisa, Tocavita, Tópaga, Tota, Tuta y Tutasá. De 20 a 30 pesos entregaron los caciques de Chíquisa, Ciénaga, Cómbita, Ecusa, Guacha, Cabuco, Mongua, Moniquirá, Oicatá, Soatá, Soracá y Tobasía. De 30 a 40 pesos sólo encontramos los de Chámeza, Chivatá y Sotaquirá. Cerinza, Gámeza y Mongua en la decena siguiente. Motavita presentó 70, Duitama y Suta entre los 80 y 90. Sáchica dio 92 pesos y el máximo corresponde a los 125 de Iguaque y los 167 de Sogamoso.

El cómputo por la entrega de esmeraldillas no es tan seguro, pues siendo piedras de muy escaso valor, no se anota su número en cada pueblo como se hace con los objetos metálicos. Menos de 10 piedras entregaron los indios de Foacá, Ícaga, Moniquirá, Neachaca, Siachoque y Sichoque. Hasta 20 dieron los de Ciénaga, Cochabita, Cucaita, Guachetá y Tocabita. En la próxima decena se incluyen los de Chivitá, Samacá y Sasa. En la tercera están Chíquisa y Turga. La excepción la forman Sáchica con 180 y Suta con 320 piedras.

Si la riqueza de los indios puede calcularse, o por lo menos jerarquizarse, con arreglo a lo que depositaban en sus santuarios, las cifras nos ponen a la cabeza de todos ellos a los de Sogamoso, Iguaque, Sáchica, Suta, Duitama y Gámeza. Como su riqueza votiva está, además, respaldada por su importancia tribal, ya que todos ellos tenían varios capitanes a las órdenes del cacique, creemos poderlos titular como las cabezas de toda la pro-

vincia. La primacía de Sogamoso en este balance puede achacarse, pese a las anteriores requisas y a la excusa del capitán Monquirá, a que seguía siendo la cabeza de todo el valle religiosa y económicamente considerado. Desconocemos la razón por la que Tuta, que contaba con muchos jefes, entregó tan poco oro, a no ser que fuera cierta su declaración de carecer de santuarios, cosa dudosa.

d) *Los santuarios y los ritos.*

Los santuarios de los indios de la provincia de Tunja, según los relatos de los cronistas y las descripciones de Velázquez de Porres, escribano de la visita que nos ocupa, estaban en bohíos situados cerca de sus poblados ¹⁰⁰. Eran construcciones de varas y paja, sin distintivo exterior que denotase la importancia ritual de la casa. La entrada la formaba una pequeña puerta, único vano por el que accedía la luz. Dentro se guardaban las ofrendas y se hacían las ceremonias de culto, sin que el aspecto mereciera encomios por la limpieza y brillantez de la disposición ¹⁰¹.

En su interior solían estar los ídolos, a los que el santero ofrecía los presentes de los indios. Estos tunjos eran de madera o de algodón, tenían forma humana y estaban cubiertos con mantas y adornos diversos. Castellanos cuenta que estaban por parejas, macho y hembra, lo que se aviene con las entregas de los indios a Hidalgo, en que vemos que generalmente cada cacique presentaba dos de ellos o grupos dobles ¹⁰². Eran más abundantes los de hilo y algodón que los de palo, pues 33 de los pueblos que acudieron al llamamiento los llevaron, y abundantes, y sólo 13 los tenían de madera. De piedra sólo aparecen reseñados algunos entre los ídolos de la entrega de Cerinza. Por lo general los de algodón llevaban como adorno esmeraldas de escaso valor o tejuelos en el pecho, como el del capitán Pacasiche de Suta, y eran portadores de calabacillos de algodón que imitaban los de hayo de los indios, como se vio en los presentados por Pagasía y los indios de Soatá, Chaine, Cochabita, Chíquisa, Amacá y Boyacá.

Otras veces los santillos de palo iban cubiertos con sombrerillos de metal, como los del capitán Cupavaquén, de Gámeza, o los ídolos eran simples pellas de algodón con plumas, como en Turga.

Guacamayos se encontraron en los santuarios de Guáquira, Cuítiva, Topía, Pesca y Turga.

Al cuidado del santuario y los ídolos había un jeque o mohán, como los que hemos citado: Quirúa de Mongua, el de Moniquirá y el del capitán Suta, en Motavita del Adelantado. Ellos eran los encargados de presentar las ofrendas de los naturales y en su vida guardaban castidad ¹⁰³.

El santero, cuando le daban las ofrendas, las presentaba y entregaba a los ídolos para propiciarlos sahumándolos con distintos perfumes, de tal manera que con la escasa ventilación del bohío todo quedaba impregnado y sucio de humo, como lo hacía notar el escribano al detallar las envolturas de los tunjos y santillos ¹⁰⁴. Al ofrecimiento precedían ayunos y continencias rituales por parte de los solicitantes y del santero, para que los dioses acogiesen favorablemente la ofrenda y comunicaran, por medio del mohán, su parecer y la concesión de lo pedido ¹⁰⁵. Conocida la respuesta, los indios iban a celebrarlo con sus parientes y amigos, para lo que se vestían y acicalaban, organizando una fiesta en la que se danzaba y cantaba. Aquí corresponde mencionar las "coronas, coronas de diferentes plumas y vestimentos con que cantaban al diablo en sus santuarios", que dieron los caciques de Topía y Cuítiva a Hidalgo, el día 21 de agosto ¹⁰⁶.

Cada oferente no llevaba su regalo, consistente en piezas de oro, en la mano, sino que todos ellos los recubrían cuidadosamente primero con algodones, luégo los envolvían en una manta o los colocaban dentro de una olleta o mucurita que, a su vez, quedaba encerrada en una petaquilla o mochila. A otros servía como envoltura un caracol o una cabeza de gato, como a don Juan de Monguí, al indio Tibamoseabiti de Tibatoic y al capitán don Gonzalo de Icabuco. Estos paquetes rituales se depositaban en el bohío, colgándolos de un poste especial, como nos lo explica el expediente al decir que en el de don Diego Topantabé se quemó la vara en que colgaba la mochila, como escarmiento.

e) *Las ofrendas.*

Consistían en una gran variedad de objetos: águilas, mariposas, patenas y, sobre todo, santillos o tunjuelos de metal en todas las gamas de la aleación aurífera, desde el negro cobrizo

hasta el blanco plateado, junto a tejuelos, anillos, collares, chagualas o simples trocitos de metal ¹⁰⁷.

El núcleo principal de toda ofrenda eran los objetos con figura humana, los *santillos* de los españoles, de los cuales todo indio tenía al menos uno. Casi todos los pueblos los poseían, pues a esta categoría debían pertenecer (cuando como tales no figuran), los anotados como figuras, hechurillas y piezas, si bien los de Boyacá, Chúsmita, Foratotibasisa, Pesca, Siachoca, Tobón, Topía y Tibaná se distinguen por no llevarlos entre sus ofrendas. Lo más frecuente era que cada individuo poseyera una pareja de tunjos de oro y otra de algodón, como se observa en la visita a Oicatá, Nemusá, Motavita, Turga y otros lugares, y en todo caso llama la atención la correspondencia numérica entre unos y otros, aunque sean más de dos los ejemplares.

Se presenta, además, el caso de algunos de ellos que estaban voluntariamente quebrados por abajo, como los de los caciques de Turga y Toca y los del pregonero de Chivatá, pueblos vecinos a Tunja.

Su tamaño variaba desde una coyuntura de dedo hasta un dedo completo, según la sencilla referencia de Velázquez de Porres. En cuanto al peso, oscilaba también en proporción al volumen, pero lo más frecuente era que tuviera alrededor de un peso o peso y medio.

La temática en la fauna no es muy variada y lo más abundante son los caracoles, grandes y chicos, sobre todo de color blanco. Sólo en el caso de Sogamoso, Duitama y Tibatioc se especifica que fueran de metal y se pesan con los santillos. Esto y el hecho de que los demás aparezcan mencionados junto a las ofrendas que se quemaron y sufrieron la misma destrucción, nos hace pensar que se trataba de caracoles naturales. Con ellos fabricaban coronas para las danzas, como las que se hallaron en Cheva, Mongua y Soatá ¹⁰⁸.

De las aves, encontramos la figura del águila entre los presentes de Sogamoso, Pesca y Soatá, en este último pueblo con otra pieza en forma de pajarillo.

Mariposas tenían en Sogamoso y Cheva, aquí de gran tamaño y metal negruzco.

Había bastantes chagualas, casi todas de oro muy bajo. La de un capitán de Cómeza tenía forma de media luna.

En dos ocasiones, en Sogamoso y Toca, figuraban entre las ofrendas unas piecillas a manera de mondadientes.

Algunas mucuritas y petaquillas eran de metal.

Encontramos también tiraderas votivas en Cucaita, Busbanzá, Siachoque y otras piezas a manera de punzones entre las llevadas en los santuarios no localizados por Arias.

Como adornos personales figuran los anillos, que llevó el cacique de Sichoca, adornados con cinco piedrecillas de esmeraldas. Los collares no eran frecuentes, pues únicamente los caciques de Socotá y de Cómeza presentaron las estampillas de dos collarejos. Entre el metal de Tutasá y Boyacá había un poco de bordoncillo de oro.

Mencionaremos aquí los cinchos o chumbes y las tiras de chafalonía. De éstas, las más interesantes son las que en Monquirá, Monguí y Sogamoso entregaron a Hidalgo, las cuales tenían en la cabeza un tunjo de madera, como ya dijimos.

Por último quedan los topos y los tejuelos, estos postreros muy abundantes y algunos con un amago de forma, pues el entregado por el jefe de Icabuco le pareció al escribano que tenía aspecto de escudo.

La pieza más extraordinaria es, sin duda, una totuma llevada por el cacique don Juan de Monguí, la cual pesó 46 pesos y medio.

V.—*La conversión y el oro.*

A manera de colofón vamos a hablar un poco de los resultados, uno espiritual y otro material, obtenidos con la idea que había motivado la visita, noción que luégo de tanto viaje y entrega de santuarios ha quedado un tanto lejana. La cédula generadora de la visita del factor Hidalgo se proponía dos fines paralelos, fijados en un único sujeto que era el aborígen. Primero tendía a facilitar la conversión de los indios, privándolos del objeto de sus idolatrías, los tunjos y las ofrendas, y luégo ordenaba que el producto útil de la requisa, una vez sacado el quinto real, se empleara en obras de beneficio público de los propios naturales.

La evangelización de los indígenas era tarea a la que estaban dedicados los misioneros desde su llegada a la tierra y era labor cuyos efectos sobre las almas de los indios avanzaba len-

tamente. Vamos a verlo con algunos ejemplos, y el mismo hecho de que a las cuatro décadas se hiciera una nueva visita en busca de adoratorios no hace más que corroborarlo. Esta labor era difícil, como lo es ahora en parecidas circunstancias, no sólo por la capacidad de comprensión de la nueva doctrina y voluntad de abandonar las anteriores creencias, sino porque los adoctrinados, población no muy numerosa y dispersa, recibían las enseñanzas de tanto en tanto y muchas veces el bautismo era una entrada en la grey cristiana, que quedaba atenuada con el trato y visita al viejo mohán.

Cuando se ocupaba un territorio, la acción del misionero se cifraba, con inteligencia, en la conversión de los caciques y principales, porque, convencidas las cabezas, el resto de la tribu o poblado vendría fácilmente a la fe. Bautizados los jefes, asistían y ayudaban al padre encargado de la doctrina, pero eso no era inconveniente para que siguieran teniendo sus viejos dioses y ritos. El cacique de Chíquisa obedecía a su encomendero y marchaba a Tunja para entregar su santuario, porque "ya no piensa sino en Dios no más", pero eso mismo debieron prometer todos los otros antes convertidos, que ahora presentaban junto a él sus propios santuarios, pese a llamarse don Pedro, don Juan o don Francisco.

Una vez conquistado el cacique, bautizado y encomendado a un fraile para la buena marcha de su alma, los capitanes que permanecían idólatras eran la próxima meta. El documento de la visita no nos permite saber nada de esto más allá de fines de septiembre de 1537, y por lo tanto de la visita misma, en cuanto a la conversión, pero sí nos da una idea, por el éxito de las anteriores, de cuál sería el alcance de ella.

Pasando revista a los diferentes pueblos consignados en él, vemos que algunos de ellos no habían sido convertidos y que carecían de doctrinero. Dos de estos ejemplos son los de Cochabita y Monquirá de Chinchilla, cosa explicable porque ambas parcialidades eran muy pequeñas y probablemente su encomendero no podía mantener en ellas un religioso. Otros, aunque más ricos, tampoco habían recibido las aguas bautismales, como era el caso de los de Ciénaga, Firavitoba, Pagasía y Turga. Caso curioso es el de Sáchica, pues si bien fueron presentados los indios por el dominico fray Antonio Ramírez, ni el sobrino del cacique ni los capitanes eran cristianos, y del cacique podemos

dero la inclusión de las ofrendas de sus indios en los asientos del escribano. Para cumplir aquella intención que había aducido, presentaba el 5 de octubre en la capital una petición en que solicitaba que dicho oro, ya quintado, se lo enviaran para la construcción de la iglesia del pueblo indígena porque, si bien tenían ya la madera cortada, necesitaban fondos con qué adquirir la clavazón y otros materiales. Los oidores aprobaron la propuesta y luégo de ensayados y fundidos los santillos resultaron libres 73 pesos 1 tomín y 2 granos de oro de a 9 quilates, equivalentes a unos 30 pesos de a 20 quilates¹⁰⁹.

Pasaron unos meses sin que los pesos llegaran a manos de Otarola, y éste, por medio del procurador Pedro Sotelo, volvía a solicitar, en 17 de enero del año siguiente, que se cumpliera el acuerdo de la Audiencia. El día 23 los oidores, ante esta reclamación, decidieron y ordenaron se hiciera una cruz de plata para la iglesia de Iguaque, pero esta orden tampoco se apresuraban a cumplirla, y en vista de ello el 17 de julio tornaba el encomendero a solicitar los pesos para enmaderar la iglesia, operación que le costaría cien pesos. El acuerdo le fue de nuevo favorable y ordenó al contador que recibiera la plata y la gastara en la obra de la iglesia.

Pasó el tiempo, y cuatro años más tarde, en tercera revista, Otarola presentaba el 8 de enero de 1582 su última petición explicando otra vez el caso. Decía que el acuerdo había decidido darle sus pesos para una cruz de plata, que valía por lo menos 200 pesos, lo cual era mucho para pueblo tan pequeño como lo era Iguaque, por lo que dejó su demanda. Opinaba que mejor sería que le dieran la plata en efectivo, y no la cruz, para pagar con ella una campana que tenía contratada en Tunja, de más de dos arrobas, que valía más de 60 pesos de 20 quilates.

La Audiencia, como siempre, se mostró del mismo parecer de Otarola y el día 24 ordenaba se le dieran a éste los pesos para la campana, llevando como comprobante testimonio de cómo la tenía puesta en la iglesia.

Y con esta decisión termina el manuscrito y la historia de la visita a los santuarios de la provincia de Tunja.

sospechar que tampoco, por su huída. Tal vez el fray no era su doctrinero, y llevándolos no hacía más que prestar un servicio a Jerónimo de Zárate, el encomendero.

Entre los que sí habían sido adoctrinados y cuyos caciques se declaraban cristianos, no toda la población estaba en el mismo grado de abandono nominal de las viejas creencias, pues junto a don Miguel de Ícaga comparecía su capitán Pacaria, aún idólatra; lo mismo Agobaque y Cuchariga, dependientes de Icabuco; los dos capitanes del cacique de Suta; los dos del de Siachoque; el mismo número del de Soatá y Soracá, si bien tenían uno más, que los había seguido en la conversión; los tres del de Toca y el único de los de Cumachoque y Sichoca. De los caciques y primeros capitanes de Cómeza y Guachatá no se advierte nada sobre su fe, pero como el capitán anotado en segundo lugar lleva la aclaración de no ser cristiano, parece desprenderse de ella que los otros eran tenidos por tales.

Atendiendo a las citas anteriores vemos que la labor misionera había sido intensa, si tenemos en cuenta el tiempo transcurrido, la escasez de obreros en la mies y las condiciones desfavorables en que tenían que desarrollar su obra, no conociendo aún bien las lenguas indígenas.

El segundo punto que hemos señalado es el del oro, espejuelo bien traído y llevado y que, una vez más, pasaba a mano de los españoles. Pero ahora hemos dejado muy atrás la escena del soldado atormentando al indefenso indio hasta arrancarle sus riquezas y nos hemos relacionado con un oficial real, seguido de su escribano y auxiliado por el alguacil, el dueño de la encomienda y su doctrinero, que luégo de ciertas explicaciones y, en caso oportuno, con algunas amenazas, ha ido recibiendo los santuarios indígenas.

Como resultado de la gestión empezada en julio, Hidalgo y su ayudante entregaban dos meses más tarde en Santa Fe los actos de la visita y la suma de 1.724 pesos y medio de oro y gran cantidad de esmeraldas. En la cédula se decía que este oro debía emplearse en beneficio de los indios, y junto al expediente principal hay unas peticiones de Juan de Otarola que manifiestan la forma en que, en este caso al menos, se decidió por la Audiencia cuál era el significado de la orden del monarca.

Al hablar de la presentación de los santuarios de Iguaque ya explicamos cómo y con qué papeles había pedido el encomen-

- 1 En 8-VIII-1551 daba el emperador una cédula en Lérida para que se quitase los santuarios a los indios, obedeciendo la cual la Audiencia fue a los pueblos de Bogotá y Fontibón [estos autos no los hemos encontrado en la Sección de la Colonia] y a Suba, Tuna y Chía y otros pueblos del valle, como hacían constar los oidores en 8-VII-1577, según documento que copiamos. Es éste, el que nos sirve para el presente trabajo, consistente en la memoria presentada por Diego Hidalgo de Montemayor a la Audiencia como resultado de la visita efectuada a la provincia de Tunja en 1577. A. N. Co. Colonia, Real Hacienda, 21, fs. 726-802.
- 2 Para la zona de Boyacá puede leerse el relato del padre Aguado en lo correspondiente a Sogamoso y Tunja en su *Recopilación Historial*, Bogotá, 1956, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, t. I, págs. 294 y sig.
- 3 Castellanos dice al hablar de la primera Audiencia: "portero de ella Gonzalo Velázquez / de Porras, que sin otra mejoría en el oficio mismo permanece", *Elegías de varones ilustres de Indias*, Bogotá, 1955, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, t. IV, p. 501.
- 4 La Pascua había sido ese año el 7 de marzo, *Manual de Cronología Española y Universal*, Madrid, 1953, CSIC de J. Agustí, P. Voltes y J. Vives.
- 5 El predominio de la sucesión matrilineal, apuntado por los cronistas, lo encontraremos más adelante al hablar de algunos de los caciques y sus sucesores.
- 6 Como el procedimiento es idéntico en cada caso, hemos copiado como ejemplo el que efectuó Hidalgo en Sogamoso, vid. documento copiado, f. 370 v.
- 7 Puede verse la relación que hace el padre Aguado sobre las visitas, en la obra citada, t. I, pp. 404-408. Para la que nos ocupa, el dicho documento copiado, f. 370 v.
- 8 Véase la correspondiente a la visita del día 22 en Toca, f. 730.
- 9 Puede verse la presentación del cacique don Juan, f. 732.
- 10 Reúne Castellanos en sus versos a los compañeros del Adelantado que, terminada la tarea conquistadora, quedaron asentados en la provincia de Tunja como vecinos y encomenderos, reunión que, por otro lado, puede deberse al mucho trato que con ellos, sin interrupción, había tenido desde las primeras marchas hacia el altiplano hasta el momento de escribir su historia. Exceptuados los caudillos principales, que no figuran en el expediente, casi toda la cohorte de segunda fila la encontramos allí, vid. opus cit., t. IV, p. 175 y sig.
- 11 Vid. fs. 759 y 764 del manuscrito. Estas citas sirven ya para las posteriores referencias cuando se trate de los pueblos e indios a ellos encomendados. Rodríguez Freile, en *El Carnero*, dice que estuvo Avenaño en Cubagua y Perú antes de llegar con Belalcázar, y que cambió Gámeza por Tinjacá, que era de Francisco Arias Maldonado. (Bogotá, 1942, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, p. 77).

- ¹² Vid. fs. 766 y 774. Raimundo Rivas cuenta cómo Tópaga y Tutasá se encomendaron primero a Domingo de Aguirre, que pasaron luego a su viuda Ana Maldonado y por fin al hijo de ésta y del capitán Pedro Bravo de Molina. (*Los fundadores de Bogotá*, 1938, Biblioteca de Historia Nacional, vol. 57-58, 2ª ed. vol. I, p. 11). Pero Tutasá en la visita que estudiamos se cita como de Diego de Vargas.
- ¹³ Vid. f. 762.
- ¹⁴ Vid. f. 753. Castellanos dice: "y no se halló fuera de este riesgo (Duitama) / el capitán Bartolomé Camacho, / que ya pasados años después de esto / con vínculos nupciales fue ligado / a doña Isabel Pérez..." (Opus cit. t. IV, p. 454). Rivas aclara que Diego Rincón estaba casado con su hija María Zambrano y Juan de Orozco con Isabel, y que su encomienda de Sátiva era pobre. (Opus cit, pp. 39-48).
- ¹⁵ Vid. fs. 747 y 772.
- ¹⁶ Vid. f. 782. Anteriormente había estado casada con Pero Ruiz Herrezuelos y de él heredó Panqueba. R. Rivas dice no está seguro cuál fuera su parentesco con doña María de Herrezuelos.
- ¹⁷ Vid. f. 780.
- ¹⁸ Vid. f. 758. Fue uno de los fundadores de Santa Fe y Tunja. (R. Rivas, pp. 113-117). Cerinza la obtiene por dejación de Juan de Cáceres, y Quesada en su memoria dice que tenía 200 indios.
- ¹⁹ Vid. f. 785 v. Este topónimo es posible que sea Samacá y que el vecino sea Antón Rodríguez de Cazalla (que R. Rivas dice que la recibió al quitársela a Juan Fernández, t. I, p. 197), pero Samacá figura como encomienda real en otro asiento de la visita.
- ²⁰ Vid. f. 784.
- ²¹ Vid. f. 754. Rivas lo biografía (T. I, pp. 173-177). Su nombre es Gómez y no González, 2º de los hijos del conquistador, alguacil mayor, alcalde y regidor de Tunja, casado con María de Monsalve, hija del capitán Francisco de Monsalve y de Catalina de Pineda. Quesada dice que la encomienda tenía de 700 a 800 indios. Castellanos dice de él: "cuyo hijo tenemos al presente / sucesor en el nombre y en las suertes / debidas a servicios de su padre (en Duitama)..." (Opus cit. p. 454).
- ²² Vid. fs. 771 v.-772; 774 v. En la presentación no se dice cuál era el propietario, porque comparece el doctrinero, pero sí se cita en la convocaría del factor. Era hijo del capitán Pedro de Madrid, llegado con Fernández de Lugo, de quien heredó Pesca, Bombazá y Tobasía. (R. Rivas, t. II, p. 31).
- ²³ Vid. f. 749.
- ²⁴ Vid. f. 784 v. R. Rivas habla de Juan Fernández como encomendero de Tobasía, topónimo muy parecido a éste, que fue luego dado a Rodríguez Cazalla. Si se trata del mismo lugar, figura aquí como perteneciendo a ambos. (Opus cit. t. I, p. 197).
- ²⁵ Vid. f. 757.
- ²⁶ Vid. f. 785. Su filiación aparece en el beneficiado, opus cit. p. 414.
- ²⁷ Vid. fs. 738 v. y 765. R. Rivas lo nombra Solguín, uno de los soldados de Federmán (p. 76).

- ²⁸ Vid. f. 773.
- ²⁹ Vid. f. 746.
- ³⁰ Vid. f. 750.
- ³¹ Vid. f. 756. Rodríguez Freile da su origen y cita bien las encomiendas. R. Rivas dice que la encomienda pasó a su hermana doña María. (Opus cit. t. II, pp. 33-47). El beneficiado cuenta lo sucedido con su padre y el cacique de Duitama. (Idem, pp. 458-9).
- ³² Vid. fs. 738 y 795. Rodríguez Freile lo hace encomendero de Sotaquirá, que era de Yáñez (p. 71). Tiene razón en sus afirmaciones Ocaríz (vid. R. Rivas, t. II, pp. 74-79) y Rivas da la genealogía y parentesco político de este conquistador. Castellanos cuenta las hazañas de su padre y lo cita a él. (Idem, pp. 452-453).
- ³³ Vid. f. 755. En Castellanos encontramos el topónimo, que no hemos localizado, terminado en *a*: "junto a las llanadas apacibles / de Bonza, cuyos indios hoy posee / Pedro Núñez Cabrera por herencia / del noble padre de su mismo nombre / allí presente con el licenciado". (Opus cit. p. 248). Rodríguez Freile dice lo mismo (p. 73) y R. Rivas lo biografía. (T. II, pp. 84-88). Vid. también fs. 773 v.-774.
- ³⁴ Vid. f. 777.
- ³⁵ Vid. fs. 792-793 y 797-802.
- ³⁶ Vid. f. 784 v. Rodríguez Freile hace encomendero de Somondoco a éste, pueblo que en la visita figura como de Rodríguez Parra, y Ciénaga se la adjudica a Mateo del Rey (pp. 71 y 74). Castellanos describe la zona: "y con frígido páramo bajaron / del alto que llamaron Puerto frío, / hasta venir a dar en las moradas / de Ciénaga, que es hoy repartimiento / de Calderón Paredes..." (p. 223).
- ³⁷ Vid. fs. 785 v.-786.
- ³⁸ Vid. fs. 777 y 785.
- ³⁹ Vid. f. 788. Debe ser el Francisco Arias Maldonado que llegó con Belalcázar y al que Rodríguez Freile da la misma encomienda (p. 77).
- ⁴⁰ Vid. fs. 760, 763 y 789 v. Rodríguez Freile lo da entre los que llegaron con Lugo (p. 42). Castellanos lo llama el buen lusitano.
- ⁴¹ Vid. f. 779. Rodríguez Freile le adjudica su encomienda a Francisco Ruiz (p. 71). La biografía de su marido, regidor perpetuo de Tunja, hecha por Rivas, coincide con la visita. (T. II, pp. 234-238).
- ⁴² Vid. f. 759. Vacante por muerte de Juan de Quincoces en 1569, según Rivas. (T. II, pp. 228-232).
- ⁴³ Vid. f. 770 v. Castellanos lo describe: "Más Juan Rodríguez Gil mozo valiente / de monstruosas fuerzas, corpulento". Rivas hace su historia. (T. II, pp. 238-242).
- ⁴⁴ Vid. f. 785. Ocaríz, según Rivas, da Chiquera como su encomienda. (T. II, pp. 249-251).
- ⁴⁵ Vid. f. 786. Nos lo cita Castellanos entre los conquistadores: "al cual llegaron rato de la noche / Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra / ambos valerosísimos soldados / (de los cuales es hoy el Miguel Sánchez / vivo, y el uno alcalde de este pueblo)", (p. 240). Rivas no cita en sus encomiendas la de Somondoco, sino las de Tequia y Chicamo-cha, y dice que murió sin hijos. (T. II, pp. 243-244).

- 46 Vid. fs. 782 v.-783 v.
- 47 Vid. fs. 781-782.
- 48 Vid. fs. 739, 771, 772 v., 773. Chichacá, sin localizar, debe ser Sichoca.
- 49 Vid. fs. 744 y 777. R. Rivas hace la biografía del esposo, la viuda era Catalina Martínez y el entenado era un hijo natural del difunto. (T. II, pp. 258-259). En julio del siguiente año se nombraba al padre José Váez como doctrinero de Socotá y Monquirá, de Martín Sánchez Ropero, de Chúsmita, de Pedro Rodríguez de León, y de Cómeza, de Juan Ortiz (esta noticia la debemos a la amabilidad del P. José T. García, O. S. A., que nos prestó las fichas de un trabajo en curso sobre los primeros años de la Iglesia en Colombia).
- 50 Vid. f. 730. En 15-III-1578 se presentaba como doctrinero de Pedro García Ruiz al padre Martín Gaitán. (P. García).
- 51 Vid. f. 737 v.
- 52 Vid. f. 749. En las provisiones de curatos de 14-II-1577 aparece la petición del presbítero Mateo de Alderete para que no le quitaran la doctrina de Oicatá, de Pedro Corredor [ya en manos de su hijo], que no fue aceptada, y dos semanas más tarde se nombraba al padre Juan de Ramos, por presentación hecha por el arzobispo. (P. García).
- 53 Vid. f. 761. El adelantado decía que Betéitiva tendría unos 150 indios. (R. Rivas, t. II, pp. 267-269).
- 54 Vid. fs. 734 y 737. Francisco Salguero fundó con su mujer el monasterio de Santa Clara la Real, en Tunja, al que dejó su hacienda. (R. Rivas, t. II, pp. 275-280).
- 55 Vid. f. 776. Rodríguez Freile lo hace encomendero de Onzaga (p. 71). Rivas lo incluye en su obra. (T. II, pp. 289-299).
- 56 Vid. f. 789 v.
- 57 Vid. f. 788 v.-789.
- 58 Vid. f. 787.
- 59 Vid. f. 790 v.
- 60 Vid. f. 738.
- 61 Vid. f. 782. No se ha localizado el topónimo.
- 62 Vid. f. 760. Le venía la encomienda por su mujer, Luisa de Sanabria, hija de Gonzalo Macías, que la recibió como premio en la conquista. (R. Rivas, t. II, pp. 27-28).
- 63 Vid. f. 745. Rodríguez Freile lo nombra entre los de Belalcázar y vecino de Tunja (p. 78). Castellanos dice: "y luégo Mateo Sánchez Cogolludo, / padre de María Sanz, principal dueña, / heredera de su repartimiento, / persona de valor y conjugada / con el capitán Juan de Villanueva" (p. 456).
- 64 Vid. f. 752. Rivas dice que era hijo del conquistador Periañes. (T. II, pp. 128-130).
- 65 Vid. f. 789. R. Rivas dice que Quesada calculaba en su Memoria 500 indios a esta encomienda y que Zárate la tenía por su madre, Luisa de Sanabria, hija de Juan López y mujer de Pedro García de Zárate. (T. II, p. 25).
- 66 Vid. fs. 780 y 730 y sigs.
- 67 La idea de esta forma de recompensa, metida en la médula de los

- pobladores y heredera del concepto de botín, se nos viene a la mente cuando el beneficiado don Juan, antes soldado, emplea el vocablo *suerte* con la intención de *encomienda* hablando de la de Paipa de Cifuentes: “cuyo hijo tenemos hoy presente / sucesor en el nombre y en las suertes / debidas a servicios de su padre” (p. 454).
- 68 No es difícil, pues, comprender que apoyados en los merecimientos de sus pasados servicios al rey y en la fuerza de sus presentes haciendas y cargos se atrevieran a levantar su airada voz y echar mano a sus espadas cuando alguna orden perjudicaba sus intereses, como lo hacía en Tunja el capitán Zorro al oír el pregón contra el tributo de los indios, gritando: “¡Voto a Dios, señores capitanes, que estamos todos azotados! Pues este bellaco, ladrón, ¿ganó por ventura la tierra? Síganme, caballeros, que lo he de hacer pedazos”. (Rodríguez Freile, p. 124).
- 69 El franciscano Gaviria había sido nombrado vicario de Sogamoso en 3-III-1576 por el arzobispo. (P. García).
- 70 En el documento no se aclara si el nombre corresponde al cacique o al pueblo, pero teniendo en cuenta lo que dice Aguado, que “ningún nombre general que comprendiese toda esta provincia del Nuevo Reino se halla haber usado, ni tenido sus naturales, sino solamente por pueblos y valles que tomaban el apellido del señor particular que los poseía o era principal y cacique de ellos”, (t. I, p. 261), lo consideramos como topónimo, pues Castellanos cuenta, al hablar del viaje de Juan de San Martín: “a poco más o menos por la tierra / poblada por los Moscas, descubriendo / por ella generosas poblaciones, y entre ellas el valle Bagañique, / después llamado valle de Vanegas” (p. 223).
- 71 Para comprobar los topónimos hemos consultado el *Diccionario Geográfico de Colombia*, de Eugenio J. Gómez, 1953, Bogotá, de donde tomamos algunas noticias complementarias, como la del antiguo nombre de este pueblo y las fechas de fundación de otros.
- 72 R. Rivas dice que era de Pedro Daza (t. II, p. 31) y Castellanos lo cita junto a otros conocidos: “Volvieron pues a Isa, desde donde / los guías que tenían caminaron / a la mano derecha, diferente, / camino del que siempre deseaban / para salir al llano repetido, (Sogamoso) / porque los adestraron por los pueblos / de Cuitibá, de Guáquira, de Tota, / de Bombaza, bojando la laguna / de Sogamoso, sin llegar al pueblo / ni hallar el compás que se tenía / entre estos bárbaros por tierra santa” (p. 226), de lo que se deduce que estaba junto a Tota.
- 73 Cuando Castellanos hace la descripción de Tunja y sus vecinos, dice: “a la parte de Oriente, / donde está Soracá, Chibatá y otros / muchos pueblos de indios que se extienden / hasta los grandes llanos” (p. 439).
- 74 La lectura del topónimo es clara y pese a su parecido con Gámeza lo ponemos aparte porque al hablar de Gámeza en la visita aparece unida a Sotaquirá y dependiente de Yáñez y otra como de Avendaño, con sus propios caciques.
- 75 La transcripción de este topónimo aparece como Cucueita en el primer asiento y Cucayta en el segundo.
- 76 La importancia de Duitama y su cacique al llegar los españoles se demuestra con la oposición que les presentaron, pues leemos en Cas-

tellanos: "Mas este era Tundama, con aquellos / caciques que le daban obediencia, / Onzaga, Chicamocha y Ocabita, / Icabuco, Ceniza, Lupachoque, / Satiua, Tutassa, Susa y el fuerte / Soata, con el alto Chitagoto, / con otros capitanes y caudillos" (p. 247). Hemos de hacer notar que la transcripción de algunos nombres es la misma, que la del expediente de Hidalgo (que damos modernizada) y que, como en él también, los topónimos sirven de onomástico al cacique o caudillo. El padre Aguado dice de ellos: "dio la vuelta sobre Duitama, porque aquellos bárbaros con la presunción que de sí tenían de ser más atrevidos que los demás indios de la provincia de Tunja..." (p. 295). Castellanos explica el fin de Tundama y de su sobrino don Juan (p. 459).

- 77 Este topónimo corresponde hoy al nacimiento del río Picuta en la cordillera de Guantiva (Sant.).
- 78 Esta zona la describe Castellanos: "Y ansi, día siguiente se partieron / a Guachetá, que fue pueblo potente / y le pusieron ellos San Gregorio, / por ser en aquel día su llegada" (p. 184), y Aguado añade: "El pueblo de San Gregorio está puesto en un alto, sobre el cual hay otro alto de peñas que aquellos naturales tenían casi como por fuerza o fortaleza, donde se recogieron en la hora que vieron ir marchando los españoles por un llano adelante hacia el pueblo de Guachetá, por el cual llano había cantidad de mil casas, y los moradores de todas ellas se recogieron con los del cerro de San Gregorio o Guachetá, al cerro más alto que, como he dicho, sobre este pueblo estaba". (T. I, p. 254).
- 79 Por el itinerario, este Guáquirá debe ser la actual fracción del Municipio de Tota.
- 80 El hecho de que Velázquez inscribiera a cada individuo con su jerarquía nos hace dudar de la posición de estos indios, que no llevaban apelativo alguno y en cambio tienen santuarios tan buenos como los del cacique y los capitanes. No es este el único caso y hasta que encontremos su categoría, los copiamos como figuran en el texto.
- 81 Debe ser Pachaquirá, parte del Municipio de Boyacá.
- 82 No hemos podido localizarlo, y su semejanza con Soatá y Soracá es evidente, pero aparece con diverso encomendero y carecemos, de momento, de noticias que nos permitan aclarar la duda.
- 83 Aguado cuenta: "Este santuario, andando ciertos soldados con lumbre encendida a buscar oro, porque era muy lóbrego y oscuro, por defecto de no tener lumbreras por donde la claridad pudiese entrar y dar luz, y ser la puerta tan pequeña y baja que entraban abajados o como se suele decir, a gatas, por descuido de los que con lumbre andaban dentro, vino a encenderse el fuego, de suerte que no se pudo atajar ni remediar; porque como toda la cubierta era muy seca, de paja, hízose más irremediable el daño". (T. I, p. 294). Rodríguez Freile dice que su encomendero era Cristóbal de San Miguel, uno de los soldados de Federmán (p. 74).
- 84 Es posible que el topónimo esté relacionado con el cerro de Tibayoque, en el Municipio de Paya.

- 85 No había perdido este pueblo su importancia, pues cuando el adelantado pasó por él: "El cual continuando su demanda, / pasó por Cichoque y Tocabita, / y por el pueblo que se dice Toca, a quien dieron por nombre pueblo grande / porque lo merecía su grandeza / en aquella sazón. (Castellanos, p. 224).
- 86 De este pueblo dice el beneficiado: "Dejando pues aquellas poblaciones / de Sorocotá, luégo descendieron al pueblo comarcano dicho Turca / al cual ellos llamaron Pueblo fondo, / por ser de todas partes rodeado / de lomas altas y él en lo profundo / donde tomaron asimismo gente / y gran copia de telas de sus lienzos / o mantas, y algún oro y esmeraldas, / principio que les puso más espuelas / para calar secretos de la tierra" (p. 184). Veremos que Turga seguía siendo rica cuando Hidalgo hizo su visita.
- 87 Esta ignorancia se irá subsanando, y con resultados muy satisfactorios, a medida que avancemos en nuestras investigaciones del fondo de la Colonia del Archivo Nacional, en algunos de cuyas series tenemos ya anotados valiosos documentos.
- 88 Puede verse esta gradación en el mapa N^o 2.
- 89 Vid. Castellanos, pp. 243 y sigs. Tobacá debe ser nuestra Tópaga.
- 90 Esta conjetura surge del ofrecimiento que le hace de matrimonio y la advertencia siguiente: "pues vemos que acontece muchas veces / entrar aquestas heces holgazanas / en lugar de las canas honorosas / y con manos ociosas y lavadas / gozan de las ganadas posesiones", refiriéndose a los guerreros jóvenes. (Castellanos, p. 245).
- 91 Deben ser estos los Uzaques de Castellanos, cuando habla de que el cacique "limitó los vestidos y las joyas / a la gente común, y a los Uzaques, / que son los caballeros principales, / de gran valor y generosa casta" (p. 151), a los que poco después llama "los caballeros bien nacidos" (p. 155).
- 92 Aguado nos explica cuál era la tasa impuesta por Diego de Villafañe pocos años antes: "Los tributos que este oidor retasó a los indios Moxcas que en los términos de Santa Fe había generalmente, fue que cada indio, tasado por sí y por su casa, pagase de tributo en cada año al encomendero una manta de la marca, que tiene dos varas y sesma de largo y otro tanto de ancho, y dos tomines de buen oro, y media hanega de maíz, y que entre cada veinte indios beneficiasen, y limpiasen, y cogiesen una hanega de trigo de sembradura, dándoles el encomendero todo el aparejo que para sembrar y coger era necesario, reservando de este tributo a los viejos y enfermos, y a los mancebos de quince años para abajo". (T. I, p. 439).
- 93 No figura el legendario nombre de Guatavita en todo el expediente más que como onomástico de un indio llamado don Juan, de Gámeza, uno de los pueblos más ricos en oro. Tal vez su ausencia se deba a lo que Castellanos nos cuenta: "Los guatavita por la mayor parte / eran artífices de labrar oro, / y entre los indios reputados / por más sutiles en aquestos usos / y así por las provincias convecinas / ajenas de las de este señorío / andaban muchos de ellos divertidos / ganando de comer con sus oficios" (pp. 142-143).

- 94 Las presentaron: los caciques de Mongua, grandes y chicas; varios santillos los de Nemusá y Oicatá; dos santillos don Pedro de Cómbita; otros los de Saquencipá, Duitama, Tutasá, Busbanzá, Pesca, Turga, Cumachoque, Tocabita, Guachatá, Viracachá e Icabuco.
- 95 Vienen mezcladas las piezas de medio oro con las de otras calidades en los santuarios de Tocabita, Cómeza, Amacá, Somondoco y Tiumá.
- 96 De éstas llevaban Pedro Chiauchoque, Canadia de Tuta, los de Bonzo, Cheva, Sáchica, Babanique y Cucaita.
- 97 Cobre y paila tenían los de Gámeza, y de ello eran las tiras presentadas por el cacique de Sogamoso.
- 98 Aguado lo explica al hablar de la visita del capitán Juan Ruiz de Orejuela a la misma provincia de Tunja, en que da un panorama muy completo de las obligaciones de los encomendados y sus recursos agrícolas e industriales. (T. I, pp. 404-408).
- 99 Aguado cuenta: "Todos los más andaban vestidos de sayos y capas de mantas de la tierra, hechas de algodón, blancas y coloradas, y pintadas a pincel; que las hacían esta gente Mosca, muy curiosamente". (T. I, p. 315).
- 100 La ida al de Tobacá coincide con la descripción del padre Aguado citada en nota N^o 83.
- 101 No hemos encontrado mención de que éstos estuvieran adornados exteriormente, como Aguado dice de la mansión del cacique de Tunja, el cual se deleitaba con el sonar de las piezas movidas por el viento. (T. I, pp. 289-290).
- 102 Los describe así: "y el xequé hace tal ofrecimiento / ante los falsos ídolos que tienen, / unos de oro y otros de madera, / otros de hilo, grandes y pequeños, / todos con cabelleras, mal tallados; / y también hacen ídolos de cera / y otros de barro blanco, pero todos están de dos en dos, macho con hembra, / adornados con mantas que les ponen / dentro de los infames santuarios" (p. 155).
- 103 Aguado, opus cit., p. 155.
- 104 Las materias olorosas no eran agradables, pues el mismo cronista dice de ellas: "estos sahumeros de moque y otros pestíferos olores de los cuales suelen usar en sus templos los sacerdotes o jeques" (p. 254), y Castellanos aclara: "pero de los perfumes que más usan / es trementina parda, que mal huele, / y unos caracolillos y almejuelas / no cierto del olor que se pregona / tener las ochinas del mar Bermejo" (p. 156).
- 105 El ídolo se manifestaba, nos dice Aguado, porque "el santero con un palo que para ello tiene da de golpes en la barriga del ídolo, y el ruido que hace con los golpes y con estar hueco, el jeque o mohán, que es el santero, lo interpreta y hace entender que dice el ídolo lo que a él le parece decir, y así los engaña" (p. 456). El se refiere a los de Tocaima, pero también en Boyacá los había de madera.
- 106 Castellanos nos los describe: "Van muy empenachados y compuestos, con grandes medias lunas en la frente, / cuyos cuernos responden a lo alto, que de buen oro tienen apariencia" (p. 162), y obsérvese que don

Juan debía haber contemplado muchos y conocía la real calidad del metal.

- 107 Veamos cómo eran, según Castellanos: "Por esto presentaban las ofrendas / que trae cada cual al santuario, / que son varias figuras hechas de oro, / hasta culebras, ranas, lagartijas, / mosquitos, y gusanos, / casquetes, brazaletes, diademas, / vasos de diferentes posturas, / leones, tigres, monos y raposas, / aves de todas suertes y maneras" (p. 155). Si bien no encontramos toda esta espléndida fauna, que el cronista ensarta en sus versos en las presentaciones ante el factor.
- 108 Aguado nos habla de estas labores en lo referente a los de Tocaima: "Tomáronse asimismo muchos catabres o canastos de cuentas blancas y cinchos de lo mismo, entretajidos en ellos muchos caracoles pequeños, que es un género de adorno que usan en sus borracheras y bailes" (p. 449) y que deben ser como los aquí mencionados.
- 109 Vid. fs. 797-802. Lo que había costado dos meses de recoger, necesitó cinco años para obtener la orden de retiro de las arcas de la Real Hacienda.



1577, julio, 3, Santa Fe.—Comisión encomendada al factor Diego Hidalgo de Montemayor para que vaya a la provincia de Tunja a recoger los santuarios de los indios y realización de este trabajo, con las cuentas rendidas a la Audiencia.

A. N. Co. Colonia. Real Hacienda. t. 21. fs. 726-802.

/f. 726./

Comisión a Diego Hidalgo sobre los Santuarios de Tunja.—De oficio.

/f. v./

Don Felipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano, conde de Flandes y de Tirol, etc., a vos Diego Hidalgo de Montemayor, factor de nuestra Real Hacienda de las provincias de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, salud y gracia. Sepades que por cédulas y provisiones reales nuestras está mandado y dado la orden como los ritos y ceremonias y ofrecimientos y otros abusos gentilicios que los indios naturales de las nuestras Indias cometían y hacían en tiempo de su gentilidad, y algunos después que los españoles entraron en ellas, se desarraiguen y quiten y castiguen, para que no usen de ello y sean convertidos a nuestra santa fe católica, y aunque el nuestro presidente y oidores de la nuestra Audiencia y Chancillería real del dicho Nuevo Reino y los visitadores generales que

de ella han salido, han dado y proveído cerca de ello el remedio que les ha parecido convenir, no ha habido entero efecto para la incredulidad de los dichos naturales hasta ahora últimamente que por las muchas amonestaciones y halagos que por todas vías los dichos nuestro presidente y oidores han hecho a los caciques principales e indios de los términos de la ciudad de Santa Fe, donde reside la dicha nuestra Audiencia, han venido en que no quieren usar de los dichos ritos y ceremonias y ofrecimientos antiguos que sus antepasados hacían, sino venir en conocimiento de nuestra santa fe católica, y los más de ellos han sacado y exhibido cierta cantidad de oro, que conforme a su gentilico uso tenían ofrecido a sus ídolos, el cual sabéis se va y ha de ir gastando y convirtiendo en su utilidad pública, y porque al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro y conversión de los dichos naturales conviene que lo propio se dé últimamente a entender a los caciques principales e indios de los términos de la ciudad de Tunja, por ser como es una de las principales ciudades del dicho Nuevo Reino, para que todos los demás consigan lo propio, conviene que haya persona tal cual conviene para el dicho efecto, fue por los dichos nuestro presidente y oidores acordado que vos debíamos nombrar para el dicho efecto, y para ello mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien, por que vos mandamos, que luego que vos sea entregada vos partaís y vayaís como tal nuestro factor a la dicha ciudad de Tunja, y en ella y en sus términos y jurisdicción y en las demás partes que convinieren, en presencia del religioso o sacerdote que estuviere en la doctrina de cada pueblo o de otra cualquier dignidad eclesiástica que vos pareciere convenir, deís a entender a los dichos caciques, y principales e indios la gravedad del delito de la dicha idolatría, y que no tengan ofrecimientos ni ídolos, ni hagan sacrificios ni santuarios y que han de adorar a solo Dios verdadero, y que para que se desarraiguen de dicha gentilidad y rito antiguo saquen y exhiban ante vos y ante el dicho religioso o sacerdote y algún español, si hubiere en el tal repartimiento, todo el oro, piedras y otras cosas de valor que tienen y está ofrecido en los dichos santuarios e ídolos, haciéndoles para ello todas las demás amonestaciones y diligencias que para semejante caso se requiere, de tal manera que los dichos naturales entiendan el buen fin que de ello se les ha de seguir y sigue, y como todo lo que así sacaren y ante vos exhibieren de los dichos ofrecimientos y santuarios, y habiéndose primeramente de ello cobrado y sacado nuestros quintos y derechos reales, lo restante se debe y ha convertir en su utilidad, para que se consiga su salvación y conversión, que este es nuestro principal fin y no otro, y estareís advertido de que todo el oro y las demás cosas que así los dichos naturales ante vos exhibieren, lo habeís de recibir y asentar por cuenta y razón en presencia del dicho religioso y para que de todo conste y todo ello lo traeréis por su cuenta y razón a la dicha nuestra Audiencia, para que en ella se provea lo que más convenga; y todo lo que hiciéredes y notificáredes a los dichos indios caciques y capitanes, lo traed por fe y testimonio y les dad a entender que si de hoy más tuvieren santuarios, se ejecutarán en ellos las penas del derecho conforme a un auto que el nuevo presidente y oidores proveyeron en esta razón, que el nuestro secretario de esta causa os entregará

firmado de su nombre, que para todo ello vos damos poder cumplido en forma, que venido que seaís vos mandaremos pagar vuestro trabajo, y no fagades ende al, so pena de la nuestra merced y de trescientos pesos para la nuestra cámara y fisco. Dada en la ciudad de Santa Fe, a tres de julio de mil y quinientos y setenta y siete años.

Yo, Juan de Alviz, escribano de cámara de su católica real majestad, la hice escribir por su mandado, con acuerdo de su presidente y oidores (rúbrica).

Refrendada. Pedro de Alviz Sotelo (rubricado).
Chanciller, Pedro de Alviz Sotelo (rubricado).
(Queda la señal del sello de placa).

En la ciudad de Santa Fe, a doce días del mes de julio de mil y quinientos y setenta y siete años, los señores presidente y oidores de la Audiencia y Chancillería real de su majestad dijeron que nombraban y nombraron por escribano de las causas contenidas en esta provisión real y que vaya con el dicho factor Diego Hidalgo a Gonzalo Velázquez de Porres, portero de estrados de esta dicha Audiencia, y ante él pasen todos los autos y diligencias que el dicho factor hiciere en la dicha ciudad de Tunja y sus términos, al cual mandaron que para el dicho efecto vaya con el dicho factor y los días que en ello se ocupare haya y lleve por salario en cada uno de ellos dos pesos de oro de veinte quilates, y más sus derechos de la escritura, lo cual cobre del oro que se sacare de los santuarios de la dicha ciudad, y así lo mandaron. El cual dicho Gonzalo de Porres vaya y lleve vara de justicia. Entiéndese que no ha de llevar derecho de escritura, sino solo el salario.

El licenciado Francisco de Uncibay (rubricado).
El licenciado Cetina (rubricado).
El doctor Cortés de Mesa (rubricado).

Yo, Juan de Alviz, escribano de cámara de su majestad, fuí presente.
/f. 728./

En la ciudad de Santa Fe, a ocho días del mes de julio de mil y quinientos y setenta y siete años, los señores presidente y oidores de la Audiencia y Chancillería real de su majestad de este Nuevo Reino de Granada, dijeron que, habiéndose tenido noticia que los indios naturales de estas provincias, así los convertidos a nuestra santa fe católica como los que todavía se están en su infidelidad perseverando en su gentilidad, ritos y ceremonias, adoraban y adoran sus ídolos, ofreciéndoles oro y mantas y piezas y haciendo los sacrificios como los hacían antes que se les predicase el santo Evangelio, y por cuanto por una cédula de su majestad del emperador nuestro señor, dada en Lérida a ocho del mes de agosto de mil y quinientos y cincuenta y un años, está cometido a los dichos señores presidente y oidores el remedio y castigo de esto y para tener alguna luz en los dichos negocios se han hecho ciertas informaciones y autos, y esta

Real Audiencia fue a los pueblos de Bogotá y Hontibón, como cabeza de este reino, y se sacaron algunos ofrecimientos, como consta por los autos, y así mismo con comisión de los dichos señores se ha ido a Suba, y Tuna y Chia y otros pueblos de este valle, en los cuales se les ha dado a entender los delitos que cometen y ofensas que se hacen a nuestro Señor Dios en las dichas idolatrías y han exhibido ciertos ofrecimientos y se les ha mandado que de hoy más no adoren a sus ídolos ni hagan sacrificios ni ofrecimientos, con apercibimiento que serán castigados, y porque para la fiesta de Corpus Christi, que se celebró ayer seis de este presente mes de junio, vinieron todos los más caciques, capitanes e indios principales, como lo tienen por uso y costumbre, y porque por la dicha cédula que de suso se hace mención está mandado que a los dichos caciques, capitanes e indios se les dé a entender la gravedad del delito de la idolatría y se les mande que no tengan santuarios, ni ofrecimientos, ni ídolos, ni hagan otros sacrificios contra ley divina, natural y humana, y que después de así se le haber dado a entender y notificado siendo hallados culpados en los dichos delitos, fuesen castigados, y porque no parece haberseles notificado en forma, aunque se entiende que por los visitadores y otros jueces y predicadores se les ha dado a entender, dicho y predicado y muchas veces amonestado, pero teniendo consideración a su incapacidad e inhabilidad para más convencer su malicia /f. v./ y para que de aquí adelante no puedan pretender ignorancia ni fingir excusación alguna, mandaban y mandaron que mañana domingo nueve de este mes, todos juntos los caciques, capitanes e indios que en esta ciudad se hallaren presentes, por lenguas suficientes se les dé a entender como por derecho divino, natural y humano está prohibido la adoración de muchos dioses y que han de adorar a solo Dios verdadero, y así mismo que los cristianos bautizados que se apartaren de la fe que profesaron y prometieron en el santo bautismo, volviéndose a la infidelidad y a los ritos y ceremonias de ellas, pecan gravísimamente y demás de incurrir en ira de Dios Todopoderoso incurren y caen en pena de muerte de fuego y en perdimiento de todos sus bienes, y en otras penas en el derecho y leyes de estos reinos estatuidas; y que los que aún no son cristianos, por vivir entre cristianos y haber dado la sujeción a reyes cristianos, y en cuanto es contra ley natural, impedimento y estorbo para la conversión de los dichos indios gentiles y para la perseverancia que deben tener los ya convertidos y bautizados, asimismo han de ser castigados si idolatraren y sacrificaren al demonio; y por las dichas razones se les dé a entender que todos deben cesar y cesen de hoy más en las dichas idolatrías, sacrificios y ofrecimientos so pena que todos aquellos, así gentiles como cristianos, caciques, capitanes e indios, hombres o mujeres, de cualquiera condición o calidad que sean que de hoy más se hallare que idolatraren y sacrificaren, ofrecieren o hiciesen ritos y ceremonias, quemando moquí o haciendo otros actos prohibidos por ley divina, natural y humana acerca de la dicha idolatría y gentilidad, serán castigados con pena de muerte natural, a los cristianos, de fuego, y a los demás de horca, y con otras penas según la calidad y gravedad del delito o delitos que hubieren cometido, y que porque no están todos los indios juntos se les man-

de que los que están presentes lo notifiquen, y digan a los demás, y los religiosos y sacerdotes, cada uno en su doctrina, se lo dé así a entender.

Otrosí, se les dé a entender que de hoy más no ha de haber xeques ni mohanes a quien ocurran las parcialidades con sus sacrificios y ofrecimientos, so pena que el que se hallare que usa el dicho oficio de xequé sea quemado públicamente.

Otrosí, que todos los santuarios y ofrecimientos que tienen los saquen y traigan ante los dichos señores, para que pagado el quinto a su majestad, se convierta en su utilidad pública y que todo esto se les dé a entender y tome por fe y testimonio. Y así lo preveyeron y mandaron, el licenciado Francisco de Auncibai. El licenciado Cetina. El doctor Cortés de Mesa. Fuí presente, Juan de Alviz.

Otrosí se les notifique y dé a entender a los dichos caciques y principales que de aquí adelante no tengan sino una mujer sola y no muchas, como hasta aquí han tenido, y que con sola la mujer que escogiere se case y vele, según orden de la Santa Madre Iglesia, y que los hijos legítimos que de aquí adelante tuvieren han de heredar los cacicazgos y no los sobrinos, como hasta aquí, como lo hacen los cristianos.

El licenciado Francisco de Auncibai. El licenciado Cetina. El doctor Cortés de Mesa. Juan de Alviz.

Está corregido con el original. Va tachado "setenta" y entre renglones "cincuenta" y enmendado "a, riz, co".

Juan de Alviz (rubricado).

/f. 730 v./

Auto con el cacique y capitanes.

E después de lo susodicho, en estos aposentos de este pueblo y repartimiento de Sogamoso, miércoles a veinte y cuatro días del mes de julio de mil y quinientos y setenta y siete años, el ilustre señor Diego Hidalgo de Montemayor, factor de su majestad, en cumplimiento de lo contenido en la real provisión de su comisión, que originalmente está por cabeza de estos autos, siendo dicha la misa mayor, habiendo antes de esto hablado, apercibido y amonestado a Pedro de Sanabria, lengua de este valle y provincia como natural de ella, mestizo, dándole a entender lo que importa este negocio tenga efecto para el servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad, conversión y propia utilidad de estos miseros naturales, para que habido respeto a lo dicho y a lo que debe como cristiano, diga y dé a entender a don Juan, cacique de este repartimiento, y capitanes e indios, lo que su merced y yo les dijéremos y así lo que los susodichos dijeren y respondieren y a mayor abundamiento y para más le obligar, presente el dicho cacique don Juan, y don Diego Tupanteve, y don Felipe Tobaca, don Alonso Pontiva, don Juan Mongui, don Francisco Monquirá, Trien, Tutasá, capitanes y sujetos del dicho cacique don Juan, que son los que han podido ser habidos, que otros dos capitanes que faltan para el número y

copia de los que ha declarado la lengua Pedro hay en este repartimiento, que son el capitán Satoba está sin juicio y Firavitova que falta y no se ha hallado desde el día antes para ser apercibido, aunque se envió para el dicho efecto por su merced del dicho señor /f. 731./ al dicho Pedro de Sanabria y no le ha hallado, ante el muy reverendo padre fray Francisco Cerón, de la orden del señor San Francisco que está en esta doctrina, y por ante mi el presente escribano, dentro de la iglesia y por mandado de su merced del dicho señor factor, la dicha lengua Pedro les dió a entender poco a poco y de mucho espacio, y haciendo distancia y cada cosa por sí en lo sustanciado, lo contenido en la real provisión de su comisión y práctica contenido en este auto de los señores presidente y oidores, refrendado de Juan de Alviz, escribano de cámara, contenido en estos autos; y dicho y dado a entender y apercibido, como pareció bastante, los dichos caciques y capitanes se mandaron dejar dentro de la iglesia y cerrados por manera de premia y carcelería, atento no haber otra comodidad ni aposento ni prisión en este asiento más seguro ni guardado, hasta que su merced otra cosa provea. Y lo firmó, hallándose presente Gonzalo Sánchez de Robledo. Tachado o diz "delan".

Diego Hidalgo (rubricado).

Fuí presente, Gonzalo Velázquez de Porres, escribano de su majestad (rubricado).

Otro auto y apercibimiento con otra lengua.

Y después de lo susodicho, en la iglesia de este dicho pueblo y aposentos, miércoles a veinte y cuatro de julio, como a la hora de las cuatro después de mediodía, habiendo llegado a este dicho pueblo Luis de Avendaño, indio ladino y cristiano, lengua de estos naturales, muy experto y experimentado por oidores de su majestad, jueces visitadores y otros comisarios de esta Real Audiencia, y para más satisfacer la verdad e intento de este negocio su merced del dicho señor factor mandó abrir la iglesia do estaban recogidos los dichos caciques y capitanes contenidos y declarados en el auto antes de este, y juntamente presente un indio mozo principal, sobrino de Combi, el indio viejo principal y santero que no ha parecido y se entiende se ha ausentado por ser según lo que entre los indios se dice y dio a entender que tiene el santuario de este repartimiento, y presentes otros muchos indios, y el religioso y algunos españoles que irán declarados, se tomó juramento al dicho Luis de Avendaño, indio lengua, en debida forma y según derecho para el efecto de suso presente el dicho Pedro de Sanabria, para el intento dicho y más justificar esta causa por el cual, diciéndoselo yo el escribano de esta comisión, según y por la orden que con el dicho Pedro de Sanabria se les había dicho y dado a entender y se contiene en el primer auto, se les dijo al dicho cacique y capitanes nombrados lo contenido en la real provisión de su comisión del dicho señor factor y plática inserta en el auto de los dichos señores presidente y oidores, en la manera que se entendió los dichos cacique y capitanes haberlo bien entendido, y respondiendo a ello dijeron que no tenían santuarios pero

que ellos darían oro y mantas, las que se les pidiesen, a lo cual por su merced por la dicha lengua les fue replicado no se pretendía semejante cosa ni más que sus santuarios por lo que toca al servicio de Dios nuestro Señor, como se les ha dado a entender, y su salvación, y que vivan de aquí adelante como cristianos, y en el entretanto que no lo dieren se les apercibió no han de ver sus mujeres, ni comer hayo, ni beber chicha ni darles libertad, antes han de ser puestos a tormento, azotados, y castigados y quitados sus estados y hacienda y desterrados para Santa Marta como jamás vuelvan a esta tierra; y porque pareció a su merced del dicho señor factor convenir, así se detuvo el dicho mozo, indio sobrino de Combi, con los demás. Y el dicho señor factor lo firmó, siendo testigos don Cristóbal del Rojas, Gabriel López de Nureña y Gaspar Arias.

Diego Hidalgo (rubricado).

Fuí presente, Gonzalo Velázquez de Porres, escribano de su majestad (rubricado).

Otra plática y apercibimiento con Sogamoso.

Y después de lo susodicho, en estos aposentos de Sogamoso y dentro de la iglesia de él, a veinte y cinco días del mes de julio por la mañana antes de misa, entrando su merced del muy ilustre señor doctor Mesa, oidor de su majestad, con alguna gente y /f. 732./ viendo al dicho don Juan, cacique, le mandó hablar por una lengua dándole a entender no estuviese rebelde en le dar sus santuarios y cumplir lo que el factor de su majestad le tenía apercibido, pues así convenía lo hiciese al servicio de Dios y de su salvación y se excusase de que no se le hiciese en su persona algún maltratamiento, el cual habiéndolo entendido dijo que él tenía tres santuarios en su cercado y los quería dar luégo, para lo cual fue llamado el dicho señor factor y entendido y visto que el dicho cacique se rectificaba en lo dicho y declarado de suso, lo mandó sacar fuera de la iglesia y puso en entera libertad y le dijo y dio a entender por Luis de Avendaño, lengua, presente el dicho religioso y yo el dicho escribano mire qué personas quiere que vayan con él a lo sacar el dicho santuario, porque no ha de ir solo, el cual habiéndolo entendido dijo y respondió que quería fuesen con él yo, el dicho escribano, y el dicho Luis, indio lengua, y comenzando a caminar y preguntándole si quería todavía fuesen con él yo el dicho escribano y la dicha lengua tornó a decir que fuesen la lengua y Gaspar Arias, alguacil del campo de esta provincia de Tunja, y así el dicho señor factor mandó fuesen los dichos con él dicho cacique para el efecto dicho. Y los demás capitanes quedaron reclusos, visto no se mover con lo que pasaba en su presencia a cosa de lo que les está apercibido. Y lo firmó.

Diego Hidalgo (rubricado).

Ante mí, Gonzalo Velázquez de Porres (rubricado).

Trae el cacique el oro.

Después de lo susodicho, en este asiento, dentro de poco rato de como pasó lo contenido en el auto de suso, vino al aposento del dicho señor factor el dicho don Juan, cacique, y los dichos Gaspar Arias y Luis, lengua, y el dicho cacique ante mí, presente su merced del dicho señor factor, y religioso y otras personas, exhibió el oro y partidas del peso y forma y manera siguiente:

Primeramente exhibió veinte y una piezas chicas y una más grande a manera de santillos, que parece ser oro fino, según su demostración y color, que esto pesó cuarenta y dos pesos 42 pesos

Item, luego dio y exhibió en una mochila de red muy ahumada con algunos trapiellos y algodón envuelto todo muy ahumado: una totuma, tres patenas, veinte y cinco piezas pequeñas como santillos, que parece en su color y demostración que parece ser oro como lo demás, y de chafalonía, que pesó las veinte y cinco piezas chicas como santillos diez y seis pesos de peso ... 16 pesos

Las tres patenas o chagualas dichas pesaron trece pesos de peso 13 pesos

La totuma pesó cuarenta y seis pesos y medio de peso ... 46 pesos

/total/ 117 pesos

Todo lo cual dicho se recibió en sí el dicho señor factor y lo firmó.

Diego Hidalgo (rubricado).

Ante mí, Gonzalo Velázquez de Porres (rubricado).

ENCOMENDEROS

AVENDAÑO, Juan de. Encomienda de Gámeza y repartimiento de Tuta.
BRAVO DE MOLINA, Pedro, capitán. Encomiendas de Guachetá, Tópaga,
Chipatá y Gótamo.

CABRERA, Fulano. Repartimiento de Turga.

CALDERÓN, Francisco. Encomienda de Tobón.

CAMACHO, Bartolomé. Repartimientos de Ecusa, Timisa y Sátiva.

CARVAJAL, Jerónimo de. Encomienda da Siachoque y repartimiento de
Cucaita.

CARVAJAL, Catalina. Encomienda de Neacachá.

CARVAJAL, Francisca. Encomienda de Chaine.

CASTRO, Antonio de. Repartimiento de Cerinza y Cusaquirá.

CAZALLA, Fulano. Encomienda de Amacá.

CHINCHILLA, Juan o Francisco. Encomienda de Moniquirá.

CIFUENTES, Gonzalo. Repartimientos de Soconsuca, Paipa o Paipilla y
Saquencipá.

DAZA, Pedro. Encomienda de Pesca.

PUEBLOS INDIOS

- AMACÁ, encomienda de Fulano Cazalla. Cacique Alonso, cristiano.
- ARCABUCO, vid. Icabuco.
- BABANIQUE, encomienda de Juan Sánchez Caparra.
- BETÉITIVA, encomienda de Juan de Salamanca. Cacique y capitanes.
- BOMBASÁ, cacique y un capitán.
- BONZO, repartimiento de Pedro Núñez Cabrera. Cacique, capitán Monga y Huyahueype.
- BOYACÁ, encomienda de Diego de Partearroyo. Cacique y 3 capitanes.
- BUSBANZÁ, encomienda de Diego Rincón. Nemocate, Pedro Topía y Sala.
- CERINZA, encomienda de Antonio de Castro. Cacique Monquirá, ahora Pedro; capitán Toben; capitán Coqueita; pregonero Conandoya, cacique Cusaquirá.
- CHÁMEZA, encomienda de Miguel Holguín.
- CHAINED, encomienda de Francisca Carvajal. Cacique don Pedro; un capitán.
- CHEVA, encomienda de Catalina de Pineda. Un cacique.
- CHIPATÁ, encomienda de Pedro Bravo de Molina. Indio Tibamose.
- CHÍQUISA, encomienda de Pedro Rodríguez de León. Un cacique.
- CHIRIBITA, encomienda de Pedro Suárez. Capitán Cheminiaquerá, ahora Pedro.
- CHIVATÁ, repartimiento real dado a María de Guzmán. Cacique don Juan; capitán Piragame, capitán Cuchisaque; capitán Chucha; capitán Sobchica; capitán Aupate y capitán Cheamechica.
- CHÚSMITA, un cacique.
- CIÉNAGA, encomienda de Gonzalo de Paredes Calderón. Cacique; un capitán.
- COCHABITA, encomienda de doña Marina de Herrezuelo. Cacique.
- CÓMBITA, repartimiento de Antonio de Esquivel. Cacique Pedro; capitán Tapencha; capitán Sacanema y capitán don Luis.
- CÓMEZA, encomienda del mestizo Juan Ortiz. Cacique y 2 capitanes.
- CUCAITA, repartimiento de Jerónimo Carvajal. Cacique Deacusa; capitán Nequencha; capitán Upaor; indio Pira. Encomienda de Gregorio Suárez de Deza: cacique don Alonso.
- CUÍTIVA, encomienda de Rodrigo Suárez Sabariego. Cacique Felipe; capitán Gonzalo; capitán Catemexiac.
- CUMACHOQUE, encomienda de Martín de Rojas. Cacique y un capitán.
- CURIMACHÁ, encomienda de Martín de Rojas. Cacique y un capitán.
- CUSAQUIRÁ, repartimiento de Antonio de Castro. Cacique.
- DUITAMA, repartimiento de Alonso Maldonado. Cacique don Juan; capitán Cuspoca; capitán Tiria; indio Covaría; indio Tobene; indio Siatentibe.
- ECUSA, encomienda de Bartolomé Camacho. Cacique y capitanes.
- FIRAVITOBA, encomienda de Martín de Rojas. Cacique Firavitová; capitán Tobasia; capitán Quiria; capitán Otna; indio Juan.
- FOACÁ, encomienda del bachiller Valdelomar. Cacique Ochayama y 2 capitanes.

ESQUIVEL, Antonio de. Repartimiento de Suta y Cómbita.
 FERNÁNDEZ, Pedro. Encomienda de Pagasía.
 GARCÍA, Sebastián. Encomienda de Guacha.
 HERREZUELO, Marina de, o HERRECILLO, María de. Encomienda de Cochabita.
 HOLGUÍN, Miguel. Encomienda de Tibasosa y Chámeza y repartimiento de Foratotibasisa.
 HOYOS, Antonio de. Repartimiento de Tocabita.
 JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo. Encomienda de Motavita.
 LÓPEZ DE SALAZAR, Lázaro. Repartimiento de Motavita.
 MALDONADO, Alonso. Repartimiento de Duitama y Tibatioc.
 MONTAÑÉS, Diego. Encomiendas de Guáquira y Tota.
 OTAROLA, Juan de. Encomienda de Iguaque.
 ORTIZ, Juan. Encomienda de Cómeza.
 PAREDES CALDERÓN, Gonzalo de. Encomienda de Ciénaga.
 PARTEARROYO, Diego de. Encomienda de Boyacá.
 PINEDA, Catalina de. Encomiendas de Cheva e Ícaga.
 PRIETO MALDONADO, Juan. Encomienda de Sora.
 RINCÓN, Diego. Encomiendas de Busbanzá y Suta.
 RODRÍGUEZ, Francisco. Encomienda de Soracá.
 RODRÍGUEZ CAZALLA, Antonio. Encomienda de Tobasía.
 RODRÍGUEZ GIL, Juan. Encomienda de Soacá.
 RODRÍGUEZ DE LEÓN, Pedro. Encomienda de Chíquisa.
 RODRÍGUEZ PARRA, Juan. Encomienda de Somondoco.
 RODRÍGUEZ VERGARA, Juan. Encomienda de Viracachá.
 ROJAS, Hernando de, el Mozo. Encomiendas de Sasa y Pachiquirá.
 ROJAS, Martín de. Encomiendas de Firavitoba, Curimachá, Cumachoque, Sichoca, Chichacá y del repartimiento de Toca.
 ROPERO, viuda de. Encomienda de Socotá y repartimiento de Moniquirá.
 RUIZ, Gonzalo. Repartimiento de Toca.
 RUIZ, Leonor. Encomienda de Iza.
 RUIZ, Miguel. Encomienda de Oicatá y Nemusá.
 SALAMANCA, Juan de. Encomienda de Betéitiva.
 SALGUERO, Luis. Encomendero de Mongua.
 SÁNCHEZ, Miguel. Encomienda de Soatá.
 SÁNCHEZ CAPARRA, Juan. Encomienda de Babanique.
 SANTANA, Antón de. Encomienda de Suta.
 SUÁREZ, Pedro. Encomiendas de Icabuco, Tibaná, Subativá, Chiribita y Ochanova.
 SUÁREZ DE DEZA, Gregorio. Encomienda de Cucaita.
 SUÁREZ SABARIEGO, Rodrigo. Encomienda de Cuítiva.
 VALDELOMAR, bachiller. Encomienda de Foacá.
 VARGAS, Diego de. Encomienda de Tutasá.
 VILLANUEVA, Juan de. Encomienda de Motavita.
 YÁÑEZ, Francisco. Repartimientos de Sotaquirá y Gámeza.
 ZÁRATE, Jerónimo de. Encomienda de Sáchica.

- FORATOTIBASISA, repartimiento de Miguel Holguín.
- GÁMEZA, repartimiento de Francisco Yáñez. Cacique Neachan; capitán Cupavaquén; indio Siparia; indio Sica. Encomienda de Juan de Avendaño: cacique Francisco; capitán Diego; don Juan Guatavita; don Pedro Cusba y don Cristóbal.
- GÓTAMO, encomienda de Pedro Bravo de Molina.
- GUACHA, encomienda de Sebastián García. Cacique Diego y cacique Forgariga; don Juan; Fovarica; Pabusua y el capitán Guera.
- GUACHATÁ, encomienda de Pedro Bravo de Molina. Cacique y 2 capitanes.
- GUAQUIRA, encomienda de Diego Montañés. Cacique y un capitán.
- ICABUCO, encomienda de Pedro Suárez. Cacique don Gonzalo.
- ICAGA, encomienda de Catalina de Pineda. Cacique Miguel; capitán Parcaria.
- IGUAQUE, encomienda de Juan de Otarola. Cacique don Juan; capitán Cuxica; capitán Pedro Comba; capitán Fuminian. Cacique don Martín; capitán Quigachoque; capitán Siagoche; capitán don Diego Cúpama.
- IZA, encomienda de Leonor Ruiz. Cacique y 2 capitanes.
- MONGUA, encomienda de Luis Salguero. Cacique don Francisco; capitán Andrés y 3 más; santero Quirua o Cinebe.
- MONGUÍ, cacique don Juan.
- MONQUIRÁ, repartimiento de la viuda de Roperó; cacique don Pedro, capitán Francisco; capitán Barbote; capitán Martín. Encomienda de Juan de Chinchilla: cacique Choma y un capitán.
- MOTAVITA, encomienda de Villanueva: cacique Iracusa; capitán Nequenchá; capitán Umpaca; indio Pira. Repartimiento del Adelantado: cacique Eusaria; capitán Suta. Repartimiento de Salazar: cacique Sipavaquén; capitán Umbachan; indio Chuquene; indios Pacaroque; indio Paraquiva; indio Yaquesipa; indio Icatova.
- NEACACHÁ, encomienda de Catalina de Carvajal. Cacique Cusatoque, ahora Pedro, y un capitán.
- NEMUSÁ, repartimiento de Miguel Ruiz. Capitán Nemequeca; capitán Chocha; capitán Diosocha.
- OCHANOVA, encomienda de Pedro Suárez. Capitán Agobaque.
- OICATÁ, repartimiento de Miguel Ruiz. Cacique don Diego; capitán Pataca; capitán Suasaque, ahora Pedro; pregonero Sipasuque; indio Huyatamuga; indio Iragámez; indio Neusoysicha; indio Quecalea; indio Pedro Chiauchoque.
- PACHEQUIRÁ, encomienda de Hernando de Rojas. Cacique don Alonso.
- PAGASÍA, encomienda de Pedro Fernández. Cacique Convai.
- PAIPA, repartimiento de Gonzalo de Cifuentes. Cacique don Francisco; principales Saya, Tobasca, Subita y Noisa.
- PESCA, cacique Anincha y un capitán.
- SÁCHICA, encomienda de Jerónimo de Zárate. Cacique y su sobrino Pirachá; capitán Suta; capitán Sisatama; capitán Sisoque.
- SAMACÁ, encomienda real. Cacique don Juan.

- SAQUENCIPÁ, repartimiento de Gonzalo de Cifuentes. Cacique y capitanes Sana, Cuqueyta, Babuga, Combasuta y Paisa; indios Huyaguen y Juan Saumirque.
- SASA, encomienda de Hernando de Rojas. Cacique, un capitán y el principal Pachequirá.
- SÁTIVA, encomienda de Bartolomé Camacho. Cacique y capitanes.
- SIACHOQUE, encomienda de Jerónimo de Carvajal. Cacique don Domingo y 2 capitanes.
- SICHOCÁ, encomienda de Martín de Rojas. Cacique y 2 capitanes.
- SOCONSUCA, repartimiento de Gonzalo Cifuentes. Cacique y 2 principales.
- SOACÁ, encomienda de Juan Rodríguez Gil. Cacique; capitán Alonso; otro capitán; indio Topanto.
- SOATÁ, encomienda de Miguel Sánchez. Cacique Juan y 2 capitanes.
- SOCOTÁ, encomienda de la viuda de Roperó.
- SOGAMOSO, cacique don Juan; principal Felipe Tobaca; capitán Monguí, ahora Juan; capitán Topantebe, ahora Diego; capitán Pontiba, ahora Alonso; capitán Quinrúa; capitán Francisco Moniquirá; indio Triy; Santero Combi.
- SOMONDOCO, encomienda de Juan Rodríguez Parra. Cacique don Miguel.
- SORA, encomienda de Juan Prieto Maldonado. Cacique don Felipe; capitán don Diego; capitán don Jerónimo.
- SORACÁ, encomienda de Francisco Rodríguez. Cacique don Francisco y 3 capitanes.
- SOTAQUIRÁ, repartimiento de Francisco Yáñez. Cacique Francisco Sotaquirá; indio Juan Caxicá; don Pedro Ocavita; indio Peranchique.
- SUBATIVÁ, encomienda de Pedro Suárez. Capitán Cuchariga; capitán Periga, ahora Pedro.
- SUTA, repartimiento de Antonio de Esquivel: capitanes Pacasiche y Pacaripe. Encomienda de Antón de Santana: cacique don Juan; capitán Ontiva; capitán Orentiva y otro más. Encomienda de Diego Rincón: sin noticias.
- TIBASOSA, encomienda de Miguel Holguín.
- TIBATIOC, repartimiento de Alonso Maldonado. Principal Tobe; indio Tibamoseabiti; indio Fapgora.
- TIMISA, encomienda de Camacho. Cacique y capitanes.
- TIBANÁ, encomienda de Pedro Suárez. Cacique Rodrigo; capitán Aoma, ahora Lorenzo.
- TOBASÍA, encomienda de Antonio Rodríguez Cazalla. Cacique Sebastián y 2 capitanes.
- TOBÓN, encomienda de Francisco Calderón. Cacique Francisco; capitán Guampira.
- TOCA, encomienda de Gonzalo Ruiz: sin noticias. Repartimiento de Martín de Rojas: cacique Juan; capitanes Piracuca, otro más, don Pedro, Quisa y Ba.
- TOCAVITA, repartimiento de Antonio de Hoyos. Cacique don Pedro y un capitán.
- TÓPAGA, encomienda de Bravo. Un capitán.

- TOPIA, (¿Suárez Sabariego?). Cacique don Rodrigo y capitanes Quirugna y Patagora.
- TOTA, encomienda de Diego Montañés. Cacique don Diego.
- TURGA, repartimiento de Fulano Cabrera. Cacique Apaque y 2 capitanes.
- TUTA, repartimiento de Juan de Avendaño. Cacique don Juan; capitanes don Alonso, don Pedro, don Diego, Martín, don Diego y Canadia.
- TUTASÁ, encomienda de Diego de Vargas. Cacique Tutasacosga; indios Parva y Chiquasa.
- VIRACACHÁ, encomienda de Juan Rodríguez Vergara. Cacique don Pedro.

ONOMASTICOS INDIGENAS

- AGOBAQUE, capitán de Ochanova.
- ANINCHA, cacique de Pesca.
- APAQUE, cacique de Turga.
- AUPATE, capitán de Chivatá.
- BA, capitán de Toca.
- BABUGA, capitán de Saquencipá.
- BARBOTE, capitán de Moniquirá.
- CANADIA, capitán de Tuta.
- CATEMEXIAC, capitán de Cuítiva.
- CAXICA, Juan, capitán de Sotaquirá.
- CHEAMECHICA, capitán de Chivatá.
- CHEMINIAQUIRÁ (Pedro), capitán de Chiribitá.
- CHIANCHOQUE, Pedro, indio de Oicatá.
- CHIQUEASA, indio de Tutasá.
- CHOCA, capitán de Nemusá.
- CHOMA, cacique de Moniquirá.
- CHUCHA, capitán de Chivatá.
- CHUQUENE, indio de Motavita de Salazar.
- COBANDOYA, pregonero de Cerinza.
- COMBA, Pedro, capitán de Iguaque.
- COMBASUTA, capitán de Saquencipá.
- CONVAI, cacique de Pagasia.
- COQUEITA, capitán de Cerinza.
- COVARÍA, indio de Duitama.
- CUARIGA, capitán de Subativá.
- CUCHISAQUE, capitán de Chivatá.
- CUPANEA, Diego, capitán de Iguaque.
- CUPAVAQUÉN, capitán de Gámeza.
- CUQUEYTA, capitán de Saquencipá.
- CUSATOQUE (Pedro), cacique de Neacachá.
- CUSBA, Pedro, indio de Gámeza de Avendaño.
- CUSPOCA, capitán de Duitama.
- CUUCA, capitán de Iguaque.
- DEACUSA, cacique de Cucaita.
- EUSARIA, cacique de Motavita.
- FAPGORA, indio de Duitama.
- FIRAVITOVÁ, cacique de Firavito.
- FORGARIGA, cacique de Guacha.
- FOVARICA, indio de Guacha.
- FUMINIAN, capitán de Iguaque.
- GUAMPERA, indio de Tobón.
- GUATAVITA, Juan, indio de Gámeza de Avendaño.
- GUERA, capitán de Guacha.
- HUYAGUEN, indio de Paipa.
- HUYATAMUGA, indio de Oicatá.
- HUYAHUYPE, indio de Bonzo.
- IRACUSA, cacique de Motavita de Villanueva.
- IRAGAMEZ, indio de Oicatá.
- ICATOVA, indio de Motavita de Salazar.
- MONGA, capitán de Bonzo.
- MONGUÍ (Juan), capitán de Sogamoso.
- MONGUÍ, cacique de Monguí.
- MONIQUIRÁ, cacique de Sogamoso.
- MONIQUIRÁ, cacique de Cerinza.
- NEACHAN, cacique de Gámeza.
- NEMEQUECA, capitán de Nemusá.

- NEMOCATE, indio de Busbanzá.
 NEQUENCHA, capitán de Motavita de Villanueva.
 NEQUENCHA, capitán de Cucaita.
 NEUSOYSICHA, indio de Oicatá.
 NOYSA, indio de Paipa.
 OCAVITA, Pedro, capitán de Sotaquirá.
 OCHAYAMA, cacique de Foacá.
 ONTIVA, capitán de Suta.
 ORENTIVA, capitán de Suta.
 OTUA, capitán de Firavitoba.
 PABASUA, indio de Guacha.
 PACARIPE, capitán de Suta.
 PACASICHE, capitán de Suta.
 PACAROQUE, indio de Motavita de Salazar.
 PACHEQUIRÁ, capitán de Sasa.
 PAISA, capitán de Saquencipá.
 PARAQUIVA, indio de Motavita de Salazar.
 PARVA, indio de Tutasá.
 PATACA, capitán de Oicatá.
 PATAGORA, capitán de Topía.
 PERANCHIQUE, indio de Sotaquirá.
 PERIGA (Pedro), capitán de Subativá.
 PIRA, indio de Cucaita.
 PIRA, indio de Motavita de Villanueva.
 PIRACHÁ, sobrino del cacique de Sáchica.
 PIRACUCA, capitán de Toca.
 PIRAGAME, capitán de Chivatá.
 PONTIBA (Alonso), capitán de Sogamoso.
 QUECALEA, indio de Oicatá.
 QUECANCHA, capitán de Sichoca.
 QUEGACHA, capitán de Pesca.
 QUICAGOCHÉ, capitán de Iguaque.
 QUINRUA, capitán de Sogamoso.
 QUIRIA, capitán de Firavitoba.
 QUIRUGUA, capitán de Topía.
 QUIRUA (o CINEBE), santero de Mongua.
 QUISA, capitán de Toca.
 SACANEME, capitán de Cómbita.
 SALA, indio de Busbanzá.
 SANA, capitán de Saquencipá.
 SAYA, indio de Paipa.
 SIAGOCHÉ, capitán de Iguaque.
 SIATENTIBE, indio de Duitama.
 SICA, indio de Gámeza.
 SIPARIA, indio de Gámeza.
 SIPASUQUE, pregonero de Oicatá.
 SIPAVAUQUÉN, cacique de Motavita de Salazar.
 SISATAMA, capitán de Sáchica.
 SISATOQUE, capitán de Sáchica.
 SOBCHICA, capitán de Chivatá.
 SOTAQUIRÁ, Francisco, capitán de Sotaquirá.
 SUAMIRQUE, Juan, indio de Paipa.
 SUASAQUE, capitán de Oicatá.
 SUBITA, indio de Paipa.
 SUTA, capitán de Sáchica.
 SUTA, capitán de Motavita del Adelantado.
 TAPENCHA, capitán de Cómbita.
 TIBAMOSE, cacique de Tópaga.
 TIBAMOSEABITI, indio de Duitama.
 TIRIA, capitán de Duitama.
 TIUMÁ, Rodrigo, cacique de Tiumá.
 TOBACA, Felipe, capitán de Sogamoso.
 TOBASCA, indio de Paipa.
 TOBASÍA, capitán de Firavitoba.
 TOBE, principal de Tibatioc.
 TOBEN, capitán de Cerinza.
 TOBENE, indio de Duitama.
 TOPANTEBE (Diego), capitán de Sogamoso.
 TOPANTO, indio de Soacá.
 TOPIA, indio de Busbanzá.
 TRIY, indio de Sogamoso.
 TUTASACOSGA, cacique de Tutasá.
 UMBACHAN, capitán de Motavita de Salazar.
 UMPACA, capitán de Motavita de Villanueva.
 UPAOR, capitán de Cucaita.
 YAQUESIPA, indio de Motavita de Salazar.

ONOMASTICOS CRISTIANOS

- ALONSO, caciques de Amacá, Cucaita y Pachequirá; capitanes de Soacá y Tuta.
- ANDRÉS, cacique de Cumachoque y capitán de Mongua.
- CRISTÓBAL, indio de Gámeza de Avendaño.
- DIEGO, cacique de Guacha, Oicatá y Tota; capitanes de Gámeza y Sora; indio de Tuta.
- DOMINGO, cacique de Siachoque.
- FELIPE, caciques de Cúitiva y Sora.
- FRANCISCO, caciques de Gámeza, Mongua, Soracá y Tobón y capitán de Moniquirá.
- GONZALO, cacique de Icabuco y capitán de Cúitiva.
- JERÓNIMO, capitán de Sora.
- JUAN, caciques de Chivatá, Cucaita, Duitama, Iguaque, Samacá, Soatá, Suta, Toca y Tuta; capitán de Soracá e indio de Guacha.
- LUIS, capitanes de Iza y Cómbita.
- MARTÍN, cacique de Iguaque y capitanes de Moniquirá y Tuta.
- MIGUEL, caciques de Ícaga y Somondoco.
- PEDRO, caciques de Cerinza, Chaine, Cómbita, Moniquirá, Tocavita y Viracachá; capitanes de Toca y Tuta; pregonero de Chivatá.
- RODRIGO, cacique de Topía.
- SEBASTIÁN, cacique de Tobasía.